LA LUZ DE LA ISLA

Elena Sant Iago

Introducción

Aurora avanzaba por el camino central de aquel enorme parque, mirando a un lado y a otro, buscando algo…

Había mucha gente por todas partes, pero se fijó en una mujer sentada en un banco dando el biberón a su bebé, mientras a su lado un hombre los miraba con adoración.

Aurora se sonrió y continuó caminando.

Al otro lado, unos niños jugaban entre ellos, corriendo y emitiendo alegres chillidos.

Conforme marchaba, la joven pudo observar algo más allá, unos adolescentes conversando: los chicos decían algo, y por cierto que parecía que ese algo debía ser realmente gracioso, porque las chicas que estaban con ellos se reían con gran exageración. Sin embargo la joven prosiguió su búsqueda sin prestar más atención.

Por aquí y por allá encontraba gentes de todos tipos. Era un bonito día, y muchos habían aprovechado para ir a aquel gran parque.

Pero Aurora buscaba algo… mas no lograba encontrarlo allí.

Un poco más adelante se dio cuenta de una pareja de novios que acababan de celebrar sus nupcias. Aurora se paró un momento para fijarse mejor, y los reconoció. Eran su prima Lía y Rainiero.

La joven se acercó un poco más y, sintiendo cierto rechazo interior, advirtió un montón de estiércol situado junto a los novios. Pero lo que más le extrañó fue que ni Lía ni su pareja parecieron percatarse de ello.

De repente, Aurora escuchó de nuevo aquella misteriosa voz…

Eso la hizo reemprender de nuevo su búsqueda.

Así, dejó a la pareja sin decirles nada y continuó por el camino central, mirando por un lado y por otro entre los árboles y arbustos.

Más lejos encontró a otra pareja de mediana edad discutiendo. Él parecía enfadado por algo, pero ella también le hablaba con resentimiento.

Al otro lado se veían unos abuelos sentados en un banco y observando a una mujer que empujaba una silla de ruedas, en la que estaba sentada una señora muy mayor, que ni siquiera era capaz de mantener su cabeza derecha.

Aurora continuó caminando, mientras veía por todos lados gentes muy parecidas: niños, jóvenes, mayores, viejos… Todos estaban con sus propias vidas. Todos y cada uno de ellos tenían sus penas y sus alegrías particulares. Pero la joven los miraba desde allí, y le daba la impresión que todos tenían una vida muy parecida. Quizás sus particularidades eran sólo cuestión de detalles, pero todos vivían o habían vivido una existencia muy parecida…

La muchacha continuó su búsqueda y entonces fue cuando vio una pequeña senda que se desviaba hacia un lado.

Ella tomó ese camino, movida por un no sé qué…

El sendero parecía subir un poco, y extrañamente no encontró más personas por allí.

Luego llegó hasta una pequeña explanada, y al entrar en ella se dio cuenta de que ahí parecía desembocar el camino, pues al otro lado del llano sólo había un gran barranco que daba al mar.

Se acercó hasta el borde y vio que a lo lejos había una pequeña isla con una gran montaña rodeada por nubes bajas.

De pronto se dio cuenta de que justo en el pico más alto de la montaña brillaba una luz.

Aurora la miró ensimismada y se dijo: "¿Qué isla será esa? ¿Y quién emitirá aquella luz?"

La luz continuaba resplandeciendo, y ella se fue sintiendo cada vez más interesada en el misterio de aquel fulgor.

No sabiendo qué hacer, se retiró a un lado y se quedó mirando hacia la montaña.

Repentinamente escuchó que llegaba alguien, y de forma instintiva se metió detrás de un arbusto que había a su lado. Desde allí observó para ver qué ocurría.

El recién llegado era un joven que caminaba con decisión hacia el precipicio, y Aurora se quedó aterrada cuando vio que, antes de que ella pudiera impedirlo, él pegó un salto al vacío.

Mas el susto dio paso al asombro absoluto cuando vio que el desconocido no sólo no caía hacia el fondo, sino que volaba con la seguridad de cualquier pájaro, y se dirigía sin más dilación hacia la montaña de la luz.

Fue tal el impacto que la joven recibió, que sintió una extraña sensación y en cuestión de milésimas de segundo…

Se despertó en su cama…

Capítulo 1
Preparándose para el acontecimiento

Aurora vio que ya entraba luz por la ventana y miró el despertador de su mesilla. Eran las ocho menos cuarto.

Luego volvió a cerrar los ojos y trató de recordar el sueño en sus más leves detalles.

Al cabo de un rato, su madre entró en su cuarto y le dijo:

— ¡Aurora! ¡Levántate ya que son las ocho y tenemos muchas cosas que hacer!

La joven suspiró, se dio la vuelta y metió la cabeza bajo la almohada, mientras pensaba: "¡Qué pocas ganas tengo de ir a esa feria!".

— ¡No te hagas la remolona y levántate ya de una vez!— insistió su madre, mientras levantaba la persiana de la ventana.

Aurora resopló y por fin sacó la cabeza y se incorporó.

— ¡Está bien, está bien! ¡Ya voy!— contestó la joven, levantándose.

— ¡Pues date prisa! ¡Tenemos cita en la peluquería a las nueve!— dijo su madre.

— ¡Síii! ¡Ya lo sé!— respondió Aurora, con desidia. — Todavía no entiendo por qué no me puedo peinar yo.

— ¡No empecemos!— le contestó su madre — ¡Ya lo hemos hablado!

Y salió rápidamente del dormitorio de su hija.

Aurora se sentó un momento en su cama para reflexionar y se dijo: *"Bueno, la verdad es que no es mi problema si comete un error. Yo ya le dije lo que pensaba, así que no podrá decir que no se lo advertí."*

Entonces le vino el recuerdo del sueño en el que veía a su prima con su futuro esposo, rodeados de estiércol.

"Desde luego ese sueño no parece un buen augurio", pensó. *"En fin, ojalá que me equivoque y le vaya bien de verdad.".*

La hermana de Aurora entró.

— ¿Por fin te has levantado?— dijo con ironía.

— Buenos días, Celi. Sí, he dormido bien, gracias, ¿y tú?— contestó la hermana mayor, con intención.

Araceli se sonrió.

— ¿Ya te has hecho a la idea de la boda?— preguntó con retintín, mientras miraba el vestido de su hermana.

Aurora no respondió, porque sabía que su hermana estaba jugando a molestarla.

Araceli la miró y acercándose a ella y cogiéndola por los hombros, le dijo:

— Hermanita, lo siento por ti, pero es mejor que aceptes que el príncipe la escogió a ella. ¿Quién sabe? ¡Tal vez tú encuentres otro príncipe entre los invitados de esta tarde!

Aurora se soltó y le contestó:

— ¡Deja ya de decir tantas tonterías, Celi! ¡Y déjame, que tengo que prepararme rápido!

Y se fue al baño para ducharse.

Araceli no entendía por qué su hermana se mostraba en contra de esa boda, y pensaba que tal vez era porque tenía celos de su prima.

Pero la realidad era muy distinta.

Lía era la hija de una hermana de la madre de Aurora y Araceli. El padre de Lía era abogado, y ella estaba acostumbrada a un nivel económico superior al de sus primas.

No obstante Aurora y Lía eran de la misma edad, y habían ido juntas al mismo colegio y al mismo instituto, y prácticamente se habían criado juntas. Araceli tenía un par de años menos, y también había tenido una estrecha relación con su única prima, aunque no tanta como las dos mayores.

Sin embargo, cuando terminaron el instituto, Lía fue a la universidad, mientras que Aurora se decidió por estudiar formación profesional.

Un par de años más tarde Lía conoció, a través de su padre, a Rainiero, pues éste era también abogado, e hijo de un rico hacendado que criaba ganado. Los jóvenes empezaron una relación y unos meses después decidieron casarse.

Pero para Aurora estaba muy claro que aquello era una boda basada en el interés. Quería a su prima pero se daba cuenta de que le gustaba demasiado el dinero y los lujos que éste le proporcionaba.

— ¡A ti lo que te pasa es que eres una mojigata!— le dijo Lía, en una ocasión — ¿Qué hay de malo en querer tener una buena vida? Sí, es verdad que me gusta tener buenas ropas y joyas. Y también ir a restaurantes caros y ser admirada por los demás. Además siempre he querido viajar por todo el mundo, y con Rainiero podré llevar a cabo todos mis sueños.

— Pero Lía, ¿qué me dices del amor? ¿Es que no es eso lo más importante en una relación?— rebatió Aurora.

— Bueno, ¿y quién te ha dicho a ti que yo no quiero a Rainiero? ¡Claro que me gusta! Es muy atractivo, y tiene una gran personalidad.

— Sí, claro. ¿Una gran personalidad, o una gran prepotencia?

Lía la miró con el ceño fruncido.

— ¡Bueno, ya vale!— exclamó — ¡Date cuenta de que estás hablando del hombre con el que me voy a casar! ¿Tanto trabajo te cuesta entender que yo quiero estar con él? ¿O es que no puedes aceptar que yo sea feliz? ¡A ver si ahora va a resultar que lo que te pasa es que tienes celos porque tú no has conseguido un buen partido como el mío!

Aurora suspiró y le contestó:

— Está bien. Perdona. No es mi intención hacerte daño. Sólo es que temo que esta relación justamente te haga infeliz. Tú sabes que yo quiero lo mejor para ti.

— ¡Pues esto es lo mejor y es lo que yo quiero! ¡Así que si de verdad me quieres, tendrás que aceptarlo!.

Aurora la miró con un gesto de rendición y le respondió:

— Bueno, si esto es lo que quieres, no tengo derecho a inmiscuirme más. Yo sólo quiero que seas feliz.

Lía sonrió y las dos se dieron un abrazo.

Sin embargo, Aurora continuaba pensando que su prima estaba cometiendo un error.

Pero si aquello, como la joven decía, era una farsa, el colmo era el hecho de tener que asistir a una boda de tan alto nivel al que su familia no estaba acostumbrada.

Para la madre y la hermana de Aurora, aquél iba a ser un acontecimiento extraordinario para el que tenían que hacer lo que fuese, si querían estar a la altura. A

su padre, sin embargo, no le gustó tanto estar invitado a tal celebración. Y a Aurora, ya no digamos. Todo aquello le parecía una sarta de falsedades y vanidades.

Pero sus ideas no le sirvieron de nada porque su madre se encargó de presionarla de todas las formas imaginables e inimaginables para que se comprara un vestido de noche que la joven jamás se habría puesto si hubiera podido escabullirse. Además tuvo que ensayar, durante varios días, a andar con unos zapatos de tacón que, al igual que en el caso del vestido, Aurora sabía con toda certeza que una vez que acabase la boda irían a parar a un centro de caridad.

Por último, en la peluquería le dieron el toque final con un laborioso peinado y un maquillaje, según la opinión de su madre, demasiado ligero.

Y así, disfrazada, pues así se sentía ella, se marchó con el resto de su familia a la gran boda.

Capítulo 2
En la boda

A la iglesia acudieron muchísimas personas, y entre ellas había destacados políticos, banqueros e incluso deportistas, toreros y artistas de todos los ámbitos. Al parecer, la familia del novio era realmente conocida en las altas esferas.

Araceli y su madre estaban entusiasmadas al reconocer a tantos famosos. E incluso el padre también tuvo que admitir que no era algo usual poder compartir una cena con un torero de la talla de Antonio Bandía, "el Bandi".

Aurora, que no sentía ningún interés por los ecos de sociedad, ni por la vida de los famosos, ciertamente reconoció algunas caras, pero realmente no sólo eso no le produjo ningún entusiasmo, sino que la convenció más aún de que aquello parecía más un pase de modelos, que la boda de su prima.

La madre de Aurora y su hermana Araceli se sentaron en uno de los bancos más cercanos al altar, junto a la madre de la novia y a los abuelos de las tres primas.

Aurora prefirió sentarse con su padre en uno de los últimos bancos. Y acto seguido, sin darse cuenta, totalmente de forma instintiva, se descalzó.

La iglesia se fue llenando de gente, y poco después una joven miró el asiento en el que se encontraban Aurora y su padre, y le preguntó tímidamente:

— Perdona, ¿están ocupados estos sitios?

Aurora la miró y, al mismo tiempo que negaba con la cabeza, respondió:

— No.

La joven sonrió levemente y se sentó a su lado.

La ceremonia comenzó, y poco después un joven pasó por el pasillo lateral, y la joven que estaba sentada junto a Aurora, se levantó rápidamente y se acercó hasta él y le dijo algo. Los dos miraron hacia el banco y luego se acercaron.

Aurora que había observado todo, cuando vio al joven, se quedó mirándole y pensó: *"¡Esa cara me suena! ¡Éste debe ser otro famoso!".*

Pero como él también la miró a ella, Aurora rápidamente dirigió su mirada hacia el frente.

La otra joven se sentó a su lado, seguida de él.

Sin embargo Aurora en su interior seguía buscando en su memoria quién podía ser aquel joven: *"¿Quién será? Me suena, pero no sé de qué… No sé si será un cantante, o un futbolista o qué… Bueno, en realidad, ¿qué más me da? ¡Uno más o menos…! ¡Total, esto está lleno de famosos de ésos!".*

Y no volvió a pensar más en ello.

Poco después, hubo que levantarse por cuestiones de la ceremonia. Mas al levantarse, se dio cuenta de que estaba descalza y para mala fortuna de ella, uno de los zapatos se había colado bajo la tarima para arrodillarse.

"¡Oh, no!", pensó, mientras le entraban sudores fríos*. "¡Oh, señor! ¿Y ahora qué hago?".*

Así que rápidamente se puso un zapato, y con el otro pie se alzó descalza, para ocultar su error.

No obstante, queriendo evitar la repetición de esa ridícula situación, en el momento en que se sentaron de nuevo, empezó a buscar disimuladamente con el pie el zapato escondido, deseando que nadie de atrás se hubiera dado cuenta. Mas de

repente sintió que era observada, y al mirar hacia su izquierda vio que el joven se estaba dando cuenta de todo, y parecía estar divirtiéndose. Aurora se sintió completamente avergonzada, y desviando rápidamente la mirada, terminó por agacharse para coger el zapato con la mano, y se calzó con la firme intención de no volver a descalzarse más.

Después de eso, ya no se atrevió a mirar más a ninguno de los dos jóvenes. Y cuando terminó la ceremonia, se fue rápidamente con su padre.

La celebración era en los salones del hotel más lujoso de la ciudad.

Todos los asistentes parecían estar encantados y con grandes risas, pero a Aurora aquello no le decía nada. Así que simplemente seguía la corriente y se sentó donde le indicaron.

Lía se acercó a ella y a su familia, y les estuvo preguntando qué les parecía aquello. La madre y la hermana de Aurora, alabaron entusiasmadas todo y Lía se mostraba encantada de tanta alabanza.

— Bueno, ¿y tú qué dices, Aurora?— preguntó— ¿Qué te está pareciendo mi boda?

Aurora de buena gana le habría dicho sus verdaderos pensamientos, pero no quiso ser una aguafiestas.

— Tú sabes que quiero verte feliz. — Si tú eres feliz, yo estoy contenta.

Lía sonrió y le dio un beso.

— Tengo que presentarte a un hermano de Rainiero, que es muy atractivo. Tienes que bailar con él, ¿vale? Luego te lo presento. — le dijo, mientras se alejaba.

A Aurora no le dio tiempo de responder, pero ella tenía muy claro que "¡hasta ahí podía llegar la cosa!".

En un momento dado, la joven volvió a divisar a la pareja que se habían sentado junto a ella en la iglesia.

"Ahí está otra vez", pensó, refiriéndose a él. "¿Quién será?... Yo he visto esa cara antes… Quizás sea un torero… Como veo tan poco la tele, seguramente lo he visto alguna vez, pero no caigo en quién es… Ella debe de ser su pareja, claro, porque están juntos todo el tiempo…".

Más tarde Lía se acercó a ella y a su hermana y les dijo:

— Venid conmigo, que os voy a presentar a mis cuñados para que bailéis.

Araceli se levantó muy rápidamente, pero Aurora le respondió:

— No, Lía, por favor, no me hagas bailar que ya sabes que ni sé, ni me gusta bailar. Yo prefiero observaros a vosotros. Me divierte más.

— ¡Venga ya Aurora! ¡No me digas que no vas a bailar en mi boda!

— ¡Pero si sabes que yo no sé bailar!

— ¡Que sí sabes! ¡Cualquiera puede bailar! ¡Vamos! ¡No me hagas el feo!

Aurora se sentía realmente enfadada interiormente, pero no quería que su prima se disgustase en el día que se suponía que sería el más feliz de su vida. En todo caso, no sería ella quien la hiciera infeliz. Así que tragándose todos sus prejuicios, su amor propio y su propio enfado, aceptó.

De esa manera, Lía hizo las presentaciones y Aurora se vio bailando con José María, mientras Araceli danzaba con su hermano menor, Alex.

El acompañante de Aurora era un elegante joven. Prácticamente no dejó de hablar de sí mismo casi todo el tiempo. Además parecía creer que era todo un

conquistador. Pero a Aurora no le gustó nada de nada. Así que con mucha educación, cuando terminó la canción le dijo:

— Gracias por el baile. Ahora voy a sentarme porque estoy un poco cansada.

Sin embargo, él no pareció entender la indirecta, porque la acompañó hasta su asiento y se sentó junto a ella. José María le estuvo contando sus hazañas como corredor de coches de carreras y también de los distintos viajes que había hecho a lo largo y ancho de este mundo. De vez en cuando le decía lo bella que le parecía y que debía de visitar a menudo a su prima en su nueva residencia, situada muy cerca de la mansión familiar.

Aurora no sabía qué hacer para quitárselo de encima. Para empeorar las cosas, su madre se metió en la conversación y empezó a exagerar las virtudes de su hija y a negar sus defectos, como si estuviera vendiéndola a un gran comprador.

Eso terminó por irritar completamente a Aurora, que se levantó y dijo con una cursilería intencionada:

— Perdonadme. Voy a ir a empolvarme la nariz.

El joven se levantó en señal de galantería, la madre de Aurora se quedó sorprendida y su padre tuvo que aguantarse la risa.

Ella se fue hacia los baños y una vez allí, se miró al espejo y se dijo: "¡No hay duda, esta boda no la voy a olvidar nunca!"

Luego salió y miró desde allí el ambiente de la fiesta. Unos bailaban, otros conversaban y se reían, otros parecían aburridos, había quien estaba bebiendo demasiado y no decía nada más que tonterías, incluso encontró a otros que parecían enfadados por alguna razón.

Todo aquel ambiente le recordó su sueño y las gentes que había visto en aquel enorme parque dominguero.

Luego miró hacia su derecha y vio una puerta que daba a una terraza.

La joven se dirigió hacia allí y, viendo que no había nadie, salió al exterior.

Era de noche y se veían muchas estrellas. Se acercó hasta la baranda y se asomó mientras respiraba profundamente.

"¡Aquí se está mucho mejor!", se dijo, mientras miraba el cielo.

Entonces le pareció escuchar la voz de José María que preguntaba a alguien si la había visto. Ella, temiendo que volviera a pegársele aquel "pesado", se fue hacia un lateral de la terraza que permanecía oculto al salón y allí se sentó en un diván.

Le dio resultado porque, aunque él se asomó levemente al balcón, no pudo verla.

Sintiéndose más tranquila, Aurora se descalzó y levantando las piernas se sentó de lado en el diván, apoyándose en el reposabrazos. Cerró los ojos, y volvió a inspirar profundo, y pensó: "¡Por fin, un poco de tranquilidad!".

Pero en ese instante alguien salió a la terraza y se acercó hasta la baranda.

Aurora lo reconoció enseguida, lo cual le hizo sentirse bastante incómoda. Era el joven que se sentó en el mismo banco que ella, y que no terminaba de identificar.

Él se quedó quieto mirando hacia las estrellas, y la muchacha, procurando no hacer ningún ruido, se fue moviendo lentamente para poner de nuevo sus pies sobre el suelo, pero el joven la escuchó y se volvió hacia ella.

— ¡Vaya! ¡Me parece que he interrumpido tu descanso!— dijo él.

Aurora buscó rápidamente sus zapatos para ponérselos mientras respondía:

—¡No, no! Es que… la verdad es que no estoy acostumbrada a… este tipo de zapatos.

—¡No me extraña!— contestó el joven, con aire divertido — ¡Deben ser un verdadero martirio!

La joven sonrió con cierta cortedad, y de puro compromiso. Luego se levantó con el propósito de marcharse de allí, pero al mirarlo, y verlo junto a la baranda, de repente reconoció quién era y se quedó paralizada por el asombro.

Entonces se acercó un poco más a él y le dijo:

— ¡Eres tú!

El joven se rio, sorprendido, y contestó:

— ¡Pues… no sé exactamente lo que quieres decir, pero en definitiva, sí, soy yo!

Ella seguía mirándolo, mientras recordaba la escena de su sueño en la que aquel joven saltaba el precipicio y se echaba a volar.

— ¡Sí!— exclamó ella, asintiendo con la cabeza — ¡Estoy segura de que eres tú!

Él seguía riéndose, con una mezcla de divertimento y de no entender lo que ocurría.

— ¡Bueno, pues si tú lo dices…!— contestó el joven.

— ¡Tú conoces el misterio de la luz de la isla!— dijo Aurora — ¿Verdad?

Entonces el joven puso cara de sorprendido y se quedó mirándola con atención.

Pero en ese momento llegó Araceli y dijo en un tono de enfado:

— ¡Aurora! ¡Te he buscado por todas partes! ¡Papá ha dicho que ya nos vamos!

La hermana mayor miró a la pequeña y le contestó:

— Esperad un momento. Tengo algo que hacer.

— ¡De eso nada!— respondió su hermana acercándose a ella — ¡Ahora resulta que sí te quieres quedar, después de la lata que has estado dando durante toda la semana con que no querías venir, y encima has sido una aguafiestas! ¡Pues ahora no puede ser, porque además llevo un rato buscándote! ¡Papá está esperando en la calle!

Aurora suspiró frustrada y miró de nuevo al joven, que las observaba en silencio, pero pensativo.

— ¡Vaya!— exclamo la joven con fastidio, sintiendo que estaba dejando escapársele de las manos algo muy especial.

— ¡Venga, Aurora!— insistió Araceli, cogiéndola de un brazo.

Aurora se mordió el labio inferior, mientras miraba al joven y luego contestó de mala gana:

— ¡Está bien, ya voy!

Volvió a mirar al joven, que seguía observándola muy pensativo, y luego se marchó con su hermana.

Durante todo el trayecto de regreso a su casa, iba pensando que había perdido algo importante. No sabía qué, pero sí presentía que era importante.

Capítulo 3
Preguntándose sobre la vida

Sin embargo, al día siguiente, cuando ya las aguas se habían calmado, Aurora pensó que tal vez había exagerado. ¿Realmente aquel joven era el mismo que apareció en su sueño? Ya no podía asegurarlo. Al fin y al cabo sólo se trataba de un sueño…

Los días pasaban, y tanto Aurora como el resto de su familia continuaron con su vida normal. Poco a poco se fueron olvidando de la extraordinaria fiesta, aunque ciertamente, tanto Araceli como su madre aprovechaban cualquier oportunidad de contárselo a alguien a quien no se lo hubieran contado todavía.

Aurora se acordaba a menudo de Lía y se decía: "Tal vez estaba equivocada y me he dejado llevar por mis prejuicios. Quizás sí sea feliz con Rainiero, después de todo.".

Pero otros acontecimientos le hacían acordarse de su prima y de su familia política. Cada día que pasaba, escuchaba y veía familias enteras que caían en desgracia ante la crisis general del país. Padres de familia que se quedaban sin trabajo, desahucios masivos, familias que no tenían ni para comer, despidos injustos, trabajadores a los que se les bajaba el sueldo o que incluso se les atrasaba el sueldo durante meses, abuelitos que tenían que sostener con su escasa pensión a toda su familia, gente durmiendo en las calles o en los parques y buscando comida entre la basura…

Aurora se preguntaba: "¿Por qué existen estas injusticias? ¿Por qué los ricos son cada vez más ricos y los pobres son cada vez más pobres?".

A su familia también le afectó la crisis, aunque no tanto como a otros, pero su padre tenía que trabajar más, y además le habían quitado la paga extra, con lo cual, tuvieron que ajustarse un poco más el cinturón.

La joven empezó a asistir a las manifestaciones pacíficas que se convocaban como protestas por diferentes consecuencias de los abusos y negligencias del gobierno del país.

Sin embargo, no veía que aquellas marchas sirvieran de mucho, porque normalmente acudía una minoría. Ella veía que muchos de los afectados ni siquiera aparecían, y los demás parecían no tener suficiente valor para solidarizarse con los que peor lo estaban pasando.

El caso es que finalmente Aurora se empezó a plantear todo: el sistema, la forma de actuar de los que tenían poder, y también la forma de actuar de los que no lo tenían. Y se cuestionó el porqué de todas las cosas. A veces veía gente que estaba muy machacada, pero que a su vez también machacaba a otros que estaban en una posición inferior. Muchos hablaban de la solidaridad y de la igualdad, pero luego los veía tratar a su familia, y eran verdaderos tiranos. Otros criticaban la falta de responsabilidad de los políticos, y sin embargo, ellos eran también grandes irresponsables en su vida cotidiana. Había quien denunciaba lo ladrones que eran algunos empresarios o algunos ministros, pero por otro lado quienes criticaban a sus propios jefes, se llevaban material de su trabajo para utilización personal,… Vio que muchos ricos, como muchos pobres, si podían aprovecharse de alguna situación, no dudaban en hacerlo… Y así encontró montones de contradicciones entre muchos de sus conocidos y amigos.

Pero indudablemente lo más grave fue cuando un día empezó a darse cuenta de que había reacciones o formas de actuar de otros que le indignaban o le repulsaban,

pero cuando menos se lo esperaba, y sin saber por qué, ella también hacía algo muy parecido. Esto le provocaba una serie de preguntas e inquietudes que le hicieron plantearse por qué los seres humanos actúan como lo hacen.

En esas estaba, cuando una noche tuvo otro sueño:

Caminaba, esta vez, por las calles de una ciudad. Había mucha gente de un lado para otro. Entre toda esa multitud encontró personajes de muy variadas formas: unos gritaban, otros lloraban, otros huían, otros perseguían, otros hablaban palabras sin sentido, otros bebían como cosacos, otros entraban en prostíbulos, otros robaban…

Aquello parecía la ciudad sin ley.

Aurora sentía una opresión muy desagradable en el pecho, y caminó más deprisa con ansias de salir de allí.

Al pasar por al lado de una pequeña calle, escuchó la voz misteriosa…

La joven se adentró en la callecita, que subía una cuesta con escalones, y así siguió hasta el final. Entonces vio que venía a parar a un descampado. Se adelantó un poco más y se encontró con el barranco. Levantó la mirada y allí estaba…

Efectivamente allí estaba la isla con la montaña rodeada de nubes bajas y en cuya cima brillaba la luz.

Aurora se quedó mirándola y entonces recordó:

"¡Ah! ¡Estoy soñando!".

La muchacha siguió mirando la luz y luego se volvió para ver si venía aquel joven de su primer sueño. Pero no. Él no apareció.

"Él dio un salto y voló", se dijo Aurora, "¿Por qué no voy a poder volar yo? ¡Al fin y al cabo, estoy soñando!".

Entonces dio un salto al vacío, con la completa seguridad de que iba a volar, y así sucedió. Tras eso, se dirigió hacia la isla.

Al aproximarse, vio que la montaña ocupaba casi toda la isla, la cual estaba bordeada de enormes acantilados. Sin embargo las nubes rodeaban toda la montaña, de manera que, aparte de los acantilados, no lograba ver más allá.

Entonces empezó a dar un rodeo para investigar si habría alguna zona accesible por otro lado de la isla y finalmente encontró una pequeña franja de playa limitada por paredes rectas que llegaban hasta las nubes. Así que decidió aterrizar en la playa.

Al llegar allí, empezó a caminar por los alrededores hasta que descubrió una cueva. De la misma salía un ruido parecido al gruñido de un animal, pero más estruendoso. La joven se asustó, pero aun así, se preguntó qué sería aquello y se acercó un poco más.

Sin embargo tuvo que pararse en seco, porque de forma totalmente inesperada salió de la cueva un terrible minotauro: un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro.

Aurora se quedó paralizada del miedo y al ver que el monstruo la miraba, creyó que se iba a desmayar, pero en realidad tuvo más fuerza, pues salió huyendo de allí, lo más rápido que pudo.

Y entonces se despertó.

Luego estuvo reflexionando sobre aquel sueño y tratando de comprender cuál sería su significado…

Capítulo 4
En casa de Lía

Tres meses después, Aurora recibió una llamada de Lía. Su prima quería invitarlas a ella y a su hermana a pasar unas semanas en su casa.

Lía y Rainiero estuvieron un mes de Luna de Miel, recorriendo diferentes países de Europa. Al regresar se instalaron en una gran casa al lado de la mansión familiar, situada en el sur del país. Desde allí podían acceder tanto a la playa, como a la enorme extensión de tierras en las que el padre de Rainiero criaba toros y caballos.

Aurora, a pesar de tenerle un gran cariño a su prima, no estaba muy por la labor de aceptar la invitación, pero Lía terminó por convencerla.

Así, unos días más tarde, en el comienzo del verano, las dos hermanas cogieron un tren y fueron hasta una ciudad cercana a las tierras del padre de Rainiero.

Lía fue a recogerlas en un gran coche de lujo conducido por un chófer, y luego las invitó a comer en un lujoso restaurante.

Por supuesto Araceli estaba encantada, mientras que Aurora no lo estaba tanto. Sin embargo, entendía que su prima quería agasajarlas, y no dijo nada.

Después la anfitriona las llevó a su hogar.

La casa sólo tenía diez dormitorios principales, más los tres para los empleados de la casa, otros tantos baños, dos comedores: el de invierno y el de verano, aparte por supuesto del comedor de los empleados; dos grandes salones, tres pequeñas salas de estar, una gran biblioteca, una enorme cocina para la familia y otra pequeña para los empleados; un gimnasio, una piscina de invierno y otra de verano, el jardín principal, y una gran terraza con vistas al mar.

Lía les enseñó sus dormitorios para que se acomodaran, y después de dejar las maletas, se pusieron los bañadores y se fueron a la playa.

Más tarde se encontraron con Rainiero.

Éste era bastante serio y callado, y Aurora interpretaba su comportamiento como el de alguien que se creía superior a ellas. Las señas de amabilidad que mostraba, según Aurora, era porque intentaba tratarlas a su hermana y a ella con condescendencia basada tan sólo en la creencia de su superioridad intelectual y económica.

Y cuando Araceli le alabó su casa y todo lo demás, y éste sonreía, Aurora se decía: "Ya estará más que acostumbrado a que le den mantequilla. ¡Pues conmigo que no cuente!".

Sin embargo, aunque él no terminaba de caerle bien, intentaba no llevarse mal con el joven, por su prima.

Para cenar, se acercó a la casa Alex, el hermano pequeño de Rainiero, con el que Araceli bailó durante la boda. Éste era bastante dicharachero y hasta a Aurora le resultó simpático.

Mientras comían, Alex comentó:

— Aurora, mi hermano me ha preguntado por ti.

Ella se quedó pensando y entonces recordó a José María.

"¡Oh, vaya! ¡Ya no me acordaba de ese pelmazo!", pensó.

— Le he dicho que habías venido con Araceli— continuó Alex.

Aurora sonrió de compromiso, pero no dijo nada.

— Debiste impresionarle bastante en la boda. —intervino Rainiero, mirándola pensativo.

Aurora empezó a ponerse un poco nerviosa, temiéndose lo peor.

— No creo que fuera para tanto. —dijo ella, con una sonrisa que camuflaba su temor.

— Pues yo creo que sí— respondió Rainiero — Y te lo digo porque a mí también me preguntó por ti, poco después de la boda. Y eso es muy extraño, porque jamás se ha dirigido a mí para preguntarme por alguna chica.

— Quizás era sólo curiosidad—replicó Aurora, queriendo quitarle importancia.

— Pues a mí no me extraña que le hayas gustado—declaró Lía — Creo que os parecéis bastante y pegáis muy bien.

Aurora la miró sorprendida.

— ¿Que nos parecemos? ¡Pues no sé muy bien en qué!

Lía se rio y Aurora quiso preguntarle el motivo de su risa, pero el tema le estaba pareciendo tan desagradable que se dijo que era mejor no remover más. Pensó que si ellas hubieran estado solas, quizás Aurora le habría confesado a su prima que su cuñado no le había hecho ninguna gracia, pero al estar presentes sus dos hermanos, no podía hablar tan claramente, pues seguramente se habrían ofendido.

De hecho, se preguntó si con su último comentario no habría molestado a Rainiero, porque éste la miraba serio y pensativo.

Afortunadamente Alex cambió de tema proponiéndole a Araceli salir al día siguiente para mostrarle varios lugares. Ésta, naturalmente, aceptó encantada.

Por la noche, a la hora de acostarse, Lía acompañó a sus primas hasta sus respectivos dormitorios.

Después de unos minutos de confidencias, Aurora se metió en su dormitorio y se puso el pijama para acostarse.

Se acostó, pensando en las contradicciones en las que se veía envuelta: estaba contenta de volver a ver a su prima, pero se sentía culpable de estar allí, entre lujos y riquezas, mientras había familias que en esos momentos seguramente estaban durmiendo en la calle…

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer…?

Y luego estaba el tema de José María. La joven, al acordarse, resopló y se dijo: *"¡No tenía que haber venido!"*.

Muy contrariada y defraudada de sí misma estuvo dando muchas vueltas, y finalmente, al cabo de un buen rato, se durmió.

Entonces volvió a tener otro sueño:

En esta ocasión, caminaba por una especie de selva. Se escuchaban ruidos de animales desconocidos, y aunque aparentemente no veía ninguno, ella se sentía observada por todos lados.

Continuó hacia adelante en constante alerta, hasta que al llegar a un gran árbol, vio una especie de sendero disimulado hacia un lado y, movida de nuevo por un "no sé qué", empezó a marchar por él. El sendero subía hacia una pequeña colina y al final llegó a un llano despejado.

La muchacha se dirigió hasta el otro extremo y de nuevo topó con un precipicio. Ella sonrió, al intuir dónde estaba. Y efectivamente, al levantar la mirada vio la isla de la montaña con la luz.

Sin más dilación, la joven dio un salto y se fue volando hasta allí. Pero, he aquí, que una vez más, al acercarse las nubes no le dejaban ver la cima. Así que tuvo que volver a aterrizar en la playa.

Pensó: "Bueno, ahora viene lo del minotauro. Eso ya no sé cómo superarlo. Quizás pueda encontrar otro camino por otro lado.".

En ese momento escuchó los rugidos de la bestia. Pero a la joven le pareció como si se quejara. Entonces, con mucho cuidado se aproximó hacia el lugar en el que se encontraba la cueva.

Mas, al llegar a cierto punto, la muchacha se quedó parada, esta vez no por el susto, sino por el asombro.

Allí estaba de nuevo aquel joven de su primer sueño. Estaba luchando contra el monstruo con una espada en la mano hasta que por fin pudo clavársela en pleno corazón.

Aurora se quedó admirada por el coraje del joven, y se dijo que a ella le gustaría poder ser tan valiente como él."

Entonces se despertó.

Capítulo 5
Una invitación

Al día siguiente, después de desayunar, llegó Alex para llevarse a Araceli a conocer las tierras de su padre. No hay ni que decir que la muchacha se fue encantada.

Poco después Aurora y Lía partieron hacia la playa.

Aquella era una playa casi privada, porque se podía acceder a ella fácilmente desde la gran mansión y desde la casa, pero unos acantilados que la rodeaban en un extremo y en el otro, dificultaban el pasaje de ajenos. De hecho, parecía desierta. Tan sólo se veía a lo lejos un pequeño grupo de dos o tres personas.

Las muchachas se estuvieron bañando un rato, jugando y recordando tiempos en los que ellas aún eran unas niñas.

Luego se salieron y se tumbaron para secarse al sol.

Lía estuvo contándole a su prima parte del viaje que hizo en la Luna de Miel, y Aurora, por primera vez, sintió envidia de su prima, pues a ella también le atraían mucho los viajes para ver otros lugares del mundo.

Luego las jóvenes se levantaron y se pusieron a caminar lentamente con los pies metidos en el agua, mientras seguían charlando de unas cosas y otras.

Al cabo de un rato, Aurora se dio cuenta de que se habían acercado hasta la parte trasera de la mansión principal.

Cerca de la orilla, sentadas en unas cómodas hamacas había dos mujeres mayores y una joven. Cuando Aurora las vio, le pareció que una de las mujeres y la joven no le resultaban desconocidas y Lía le dijo:

—Ahí están mi suegra, su hermana y una hija de su hermana. Voy a presentártelas.

Aurora se acercó con su prima hasta las tres mujeres.

Al llegar, Lía las presentó y las tres saludaron a Aurora con simpatía.

—Ya nos había dicho mi nuera que iban a venir sus primas— dijo la suegra de Lía — ¿No ha venido tu hermana?

— Sí, sí ha venido. — se adelantó a contestar Lía — Lo que pasa es que ha quedado con Alex.

— ¡Ah, muy bien!— contestó la mujer, muy sonriente — Lía, querida, ¿sigue en pie lo de cenar esta noche con nosotros?

— Sí, claro. Iremos a cenar, como quedamos— dijo Lía.

— ¡Estupendo!— exclamó su suegra.

Aurora se extrañó, porque su prima no le había comentado nada y pensó: *"Tal vez van a cenar ella y Rainiero con su familia. Bueno, pues ya cenaremos Araceli y yo tranquilamente.".*

Entonces la joven, cuyo nombre era Angélica, intervino por fin:

— Yo te conozco. Te vi en la boda. Nos sentamos en el mismo banco, en la iglesia, ¿te acuerdas?

Aurora la miró y por fin la reconoció.

— ¡Ah, sí! ¡Es cierto!— contestó — ¡Ya decía yo que me sonaba tu cara!

Angélica sonrió.

— Bueno, — dijo Lía — nosotras nos vamos. Tengo que darle algunas directrices a Manuela. Nos vemos en la noche en la mansión.

— Está bien, hija. Pero recuerda que cenamos a las nueve en punto — contestó su suegra.

— ¡Claro! ¡No te preocupes!— respondió Lía.

Mientras las dos primas regresaban a la casa de Lía, ésta le contó que su suegro era un hombre muy exigente. Tenía sus horarios de comida y no aceptaba que nadie llegase tarde. Luego le confesó que a ella le imponía bastante, y apenas le hablaba, pero aceptó la invitación para que Aurora pudiese ver la mansión.

Ésta se sorprendió:

— ¿Por qué, Lía? ¿No sabes que a mí eso me da igual?

— ¡Bueno, pero es que eso es digno de ver! ¡Parece el palacio de un príncipe! ¡Ya verás, ya verás!

Aurora hizo un gesto moviendo la cabeza de un lado para otro, mientras respondía:

— ¡Ay, Lía!

Y su prima se rio. Pero de repente pareció recordar algo y dejando de reírse, dijo:

— ¡Tengo que decirle a Rainiero que le diga a su hermano que venga a cenar a la mansión!

Aurora la miró y rápidamente comprendió que se refería a José María.

— ¡Oh, no! ¡Ya no me acordaba de él!

— Ni yo tampoco me había acordado hasta ahora. —dijo Lía— Menos mal que me he dado cuenta. Se lo diré a Rainiero.

Aurora se extrañó.

— ¿Es que él no vive en la mansión?

— No. —respondió Lía — Hace unos dos años que se independizó. Creo que no se sujetaba a las riendas de su padre y decidió vivir por su cuenta. Viene muy poco por la mansión. Tan sólo para visitar a la familia, de vez en cuando. Y yo creo que más bien a su madre, porque el padre no… en fin, que parece que todavía está molesto por su independencia.

— ¡Ah! Pues por la forma de hablarme, cuando nos vimos en la boda, yo creía que vivía en la mansión con los demás. —dijo Aurora.

— ¡No, no! —contestó Lía —En realidad, es como si pasara de todo esto. Tiene su trabajo y vive de él, y por lo visto no cuenta con nada del dinero de su padre.

— ¡Qué raro! ¡No me dio esa impresión! Pero bueno, a lo mejor tiene un trabajo en el que gana mucho…

— Pues no sé, pero no creo que como profesor gane tanto.

— ¿Profesor? ¡Pues sí es raro, sí!

— Bueno, —dijo Lía — pero tú no te preocupes, porque si estaba tan interesado en ti, seguro que vendrá esta noche a cenar con los demás. Se lo diré a Rainiero…

— ¡Oh, no! ¡Por favor!— le cortó Aurora — ¡No me hagas eso, Lía!

Su prima la miró extrañada.

— ¿Qué pasa?— inquirió — ¿Por qué dices eso?

— Escucha, — dijo Aurora — ayer no quise decir nada porque estaban Rainiero y Alex delante, pero a mí, su hermano no me cayó nada bien. ¡De verdad!, ¡me resultó insoportable!

— ¿De verdad?— exclamó Lía sorprendida — ¿Me estás hablando en serio?

— Te lo digo en serio, de verdad. —dijo Aurora— ¡Por favor, no me hagas esta faena!

Lía se mordió el labio inferior mientras pensaba, y luego, cogiendo a su prima por el hombro respondió:

— La verdad es que realmente creí que haríais una buena pareja, pero se ve que me equivoqué. Está bien, no le diré nada a Rainiero.

Aurora asintió con la cabeza, sintiéndose aliviada.

Cuando poco después la joven se vio sola en su cuarto, se sentó sobre la cama, mientras le venían pensamientos muy diferentes. Sin embargo, a pesar de la conversación con su prima acerca del hermano de Rainiero, había algo más que le rondaba la cabeza: Angélica y más precisamente el joven que la había acompañado en la boda. ¿Quién sería? ¿Sería su novio? ¿Un amigo? ¿Un familiar?...

La muchacha se mordió el labio y se dijo: *"El caso es que tampoco estoy tan segura de que aquel chico fuera el mismo que el que aparece en mis sueños. Desde luego, sería muy raro… Pero si realmente fuera él… es posible que tarde o temprano pueda verle de nuevo. Y entonces… entonces, tendría muchas preguntas que hacerle, porque seguramente él conocerá el significado de mis sueños... Y muy posiblemente, pueda explicarme el misterio de la isla, de la montaña y de la luz…".*

Capítulo 6
En la mansión

Después de comer, Lía les propuso a sus primas ir a comprarles ropa a la ciudad, para la cena de la mansión. Por supuesto, Araceli aceptó enseguida, pero Aurora declinó la oferta.

Sin embargo Lía le insistió de tal manera, que finalmente Aurora aceptó, pero con la condición de que sería ella quien escogería su ropa, y aclaró que no estaba dispuesta a ir disfrazada.

Así que las tres se fueron a hacer sus compras y varias horas después regresaban a la casa, al menos conformes con sus elecciones en la compra.

Y llegaron las ocho y media, y las tres primas junto con Rainiero partieron dando un paseo hasta la mansión.

Por el camino, Lía le dijo a Aurora:

— Aurora, siento decirte que Rainiero ya le había dicho a su hermano lo de la cena de esta noche. Pero ha sido cosa de él. Yo no le había dicho nada.

— ¡Buff, vaya!— exclamó Aurora.

Pero Lía le dijo:

— Siento que te caiga tan mal, porque me ha dicho Rainiero que cuando se lo ha dicho a su hermano, se puso muy contento… Aurora, trata de verlo de otra manera. Es cierto que parece un poco la oveja negra de la familia, pero yo creo que es un buen chico. Y no comprendo por qué te cae tan mal. La verdad es que no lo comprendo… ¡Se parece tanto a ti!.

Aurora volvió a extrañarse de las palabras de su prima, y al ver que no estaba de broma, se quedó más extrañada aún.

— Bueno, no sé… en fin, ya veremos. —dijo, con cierto fastidio interior.

Poco después llegaban a la mansión.

Araceli estaba embobada, y ciertamente Aurora no pudo menos que admitir que aquello era casi un palacio. Sin embargo, no sentía realmente ninguna envidia, porque aunque el lugar denotaba una riqueza inhabitual, aquello no le llegaba a parecer un hogar. Al menos, no el tipo de hogar que a ella le gustaba.

Rainiero las pasó a un salón lujosamente decorado, para que esperaran a la hora de cenar.

Enseguida apareció la madre de Rainiero que los saludó muy amablemente. Parecía muy contenta.

Poco después entraban Alex y José María. Éste último saludó a las dos hermanas y luego, aparte, le dijo a Aurora, mirándola a los ojos descaradamente:

— ¡Vaya! ¡Por fin, nos vemos de nuevo! En la boda desapareciste misteriosamente.

— Pues… sí, es que mi padre quiso marcharse enseguida. —respondió la muchacha, un poco nerviosa.

— Bueno, pues me alegro de que me hicieras caso y vinieras a ver a Lía. Así podremos vernos y conocernos mejor— dijo él, sonriendo.

La joven miró a su prima, pero ésta hablaba con su suegra y no se dio cuenta de nada.

Pero en ese momento apareció el padre de Rainiero por la puerta, y su esposa le presentó a las dos primas de Lía.

Éste se veía un hombre fuerte, con la voz grave y la piel curtida por el sol. Araceli le saludó tímidamente, y Aurora, llevada un poco por la curiosidad, y otro poco por la rebeldía a la pretendida superioridad de aquel hombre, le miró de frente con tranquilidad, y le dio la mano diciéndole:

— ¿Cómo está?

Él se quedó mirándola y luego respondió:

— Bien.

Y continuó mirándola con un gesto algo amedrentador, como si quisiera intimidar a la joven para ver si ella bajaba los ojos. Pero ésta continuó mirándole, y le dijo:

— Me alegro mucho.

Entonces él pareció rendirse y mirando a su esposa le hizo una seña. Y como resultado, ella invitó a todos a pasar a la sala de cenas de verano.

Y se encaminaron hacia el comedor en parejas, dejando, lógicamente, a la pobre de Aurora con José María.

En esos momentos ella se sintió enfadada y muy frustrada, pues esperaba que Lía viniera en su auxilio, pero su prima no se inmutó, y continuó andando con Rainiero hasta la sala de cenas.

Cuando se sentaron en la enorme mesa, Aurora se dio cuenta de que a su lado había un cubierto de más. Eso le extrañó, pero no dijo nada.

Pero el padre de Rainiero también se dio cuenta y resopló y ordenó de forma imperativa:

— ¡Ese cubierto, que lo retiren inmediatamente!

— ¡No querido!— replicó, su esposa, en tono de súplica — ¡Aún no son las nueve!

El padre miró el gran reloj de péndulo que había en el comedor y vio que efectivamente, aún faltaban unos segundos.

Los demás se quedaron callados. Aurora sintió como si hubiera un silencio basado en el miedo. Miró a Lía, pero ésta tenía los ojos bajos. En realidad, todos parecían estar disimulando, evitando las miradas de los demás. Entonces Aurora se preguntó qué era lo que estaba pasando.

El reloj empezó a dar la primera campanada de las nueve. Los tres jóvenes y su madre miraron al padre y éste hizo un gesto como de frustración.

— ¡Que retiren ese cubierto inmediatamente!— volvió a ordenar.

Una de las camareras que se encontraba en el comedor, se acercó hasta la mesa y empezó a recoger.

Pero de repente, cuando estaban por dar las últimas campanadas, se escuchó afuera de la sala, a alguien que hablaba y después apareció por la puerta.

— ¡Uff! ¡Buenas noches!— exclamó — ¡Perdonad el retraso! ¡Es que pillé un atasco en la salida de la ciudad!

— ¡Izan!— exclamó la madre muy contenta y levantándose.

Aurora se quedó asombrada: aquél era el joven que aparecía en su sueño.

Éste abrazó a su madre, y luego se dirigió al anfitrión y dándole la mano, le dijo sonriéndole:

— Hola papá. ¡Ya querías dejarme otra vez sin comer!, ¿eh?

El padre refunfuñó un poco y luego le contestó:

— ¡Bueno, siéntate ya de una vez!

El joven sonrió y se dirigió a su asiento, junto a Aurora. Desde allí, saludó a los demás, y luego miró a la joven y le dijo:

— Hola.

Ella, aún bajo los efectos de la sorpresa, le contestó:

— Hola.

Él sonrió y le susurró:

— Me alegro de que volvamos a vernos porque tenía algo que decirte.

Ella lo miró extrañada.

— ¿Sí? ¿El qué?.

— Que estabas en lo cierto.

— ¿En lo cierto? ¿A qué te refieres?.

¿No te acuerdas de lo que me preguntaste cuando nos vimos en la boda de Rainiero y de Lía?.

Ella se quedó pensando y, efectivamente, recordó que en aquella terraza le había preguntado si era él y si conocía el misterio de la luz de la isla.

Luego le miró y le volvió a preguntar.

— ¿Eres tú y conoces ese misterio?

Y él sonrió y asintió.

Ella sonrió también, al presentir que algo importante en su vida estaba a punto de comenzar.

Capítulo 7
La cena

Durante la comida, el padre comenzó la conversación hablando de unos toros nuevos que estaba a punto de adquirir. Y luego le preguntó a Rainiero cómo le iba en el bufete. Después estuvo hablando con José María sobre el yate que se había comprado, y con Alex acerca de su deportivo.

Finalmente se dirigió a Izan:

— Bueno, Izan, cuéntanos. ¿Cómo te va a ti? Supongo que debes tener mucho éxito en la vida.

El joven sonrió y respondió:

— No me puedo quejar. En el colegio me va bien, tengo buenos compañeros y mis alumnos, salvo alguna excepción, son buenos chicos. Ahora han empezado las vacaciones y tengo un poco más de tiempo para otras cosas, pero en general, llevo una vida tranquila.

El padre lo miró muy serio.

— ¿Sigues viviendo en el mismo sitio?— preguntó.

— Sí. Allí mismo. Y como las otras veces, reitero mi invitación para que vayáis algún día a comer.

Su madre sonrió con melancolía, mientras su padre contestaba con desdén:

— ¿Tendrás suficientes sillas?

Izan se rio.

— ¡Papá!, — exclamó — ¡veo que sigues teniendo un gran sentido del humor!

El padre hizo una leve mueca, como si le hubiera hecho gracia el comentario de su hijo pero se reprimió y resopló. Luego miró a Aurora y la observó durante unos segundos.

— Y usted, señorita, dígame, ¿a qué se dedica su padre?

— ¿Mi padre?— repitió ella, extrañada por la pregunta.

— ¡Sí!, ¡su padre, su padre!— enfatizó él — Vive su padre, ¿no?

— Sí, claro. —contestó ella — ¡Gracias a Dios, sí!

Él se quedó mirándola y luego volvió a preguntarle.

— Bueno, pues, ¿a qué se dedica?

— Mi padre es autobusero.

Él se quedó sorprendido y luego miró a su esposa con el ceño fruncido.

—Como verá, — añadió Aurora — el de mi padre, es un trabajo humilde, pero útil para la sociedad.

El hombre se la quedó mirando.

— ¿Tiene una empresa?— inquirió.

— No. Él trabaja para una empresa.

El padre volvió a mirar a su mujer, levantando una ceja.

Aurora se dio cuenta, e interpretó aquel gesto como una forma de desprecio, cosa que no le gustó en absoluto. Así que sin que el otro le preguntase nada más, su amor propio le hizo añadir:

— Es muy buen conductor y los clientes le quieren mucho. La gente se sube al autobús y enseguida le saludan con gran afecto. Yo lo sé porque algunas veces he cogido esa línea y lo he visto. Es que mi padre es un hombre muy bueno con todo el

mundo, no sólo con nosotras, — y señaló a Araceli — y con mi madre. Mis tíos también lo dicen. ¿A que sí, Lía?—

Su prima se quedó sorprendida y contestó tímidamente:

— Sí, es verdad.

Rainiero miró a su esposa y como ella también le miró, él le sonrió.

El padre se quedó pensativo, observando a Aurora. E Izan se sonrío.

— ¡Bueno,— dijo el padre — supongo que cuando no se tiene mucho en la vida, hay que conformarse con ello y al menos ser amable!

— ¿Y quién le ha dicho a usted que mi padre no tiene mucho en la vida?— replicó Aurora, algo picada — Tiene su familia y nuestro cariño. No necesitamos nada más.

El padre pareció sentirse molesto y le dijo:

— Y sobre todo, veo que tiene una hija muy descarada.

Aurora se ruborizó, y se dio cuenta de que tal vez se había pasado.

— No padre, — intervino Izan — tiene una hija que lo quiere, y que expresa su cariño abiertamente.

— ¡Sí!— exclamó el padre, con cierto toque amargo — ¡Tal vez, ésa sea su riqueza! ¡Que sus hijas lo quieren!

Izan lo miró, comprendiendo el sentimiento que había detrás de las palabras de su padre y le dijo:

— Papá, me gustaría mucho que mamá y tú vinieseis a mi casa, que es vuestra casa, a comer, o a cenar, o a dormir, o a lo que queráis, siempre que os apetezca .

Y dirigiéndose a sus hermanos y a Lía, les dijo:

—Lo mismo os digo a vosotros.

El padre le miró, con un gesto más dulcificado y asintió, diciendo:

— Está bien. Quizás vayamos un día.

El joven sonrió y asintió.

Luego la conversación cambió por otros derroteros, e Izan le dijo en voz baja a Aurora:

— Eres muy valiente. Mi padre es como un toro, que se ve amenazante y a veces da miedo, pero tú has sido capaz de torearlo. Sin embargo, supongo que sabrás que el toro más peligroso lo lleva uno dentro, y a ése, no vale sólo con torearlo. A ése hay que liquidarlo.

Aurora se quedó sorprendida por las palabras, pues le recordaron las escenas de su sueño en las que aparecía el minotauro.

Entonces sonrió y le contestó:

— Necesito que hablemos de ello con más calma.

Él asintió y le respondió:

— Sí. Cuando terminemos de cenar, quedamos para vernos mañana, o cuando te venga bien.

— Sí. —dijo ella — Vale.

Él le sonrió y continuó comiendo.

Aurora siguió comiendo también, con el ánimo muy contento, y al mirar al padre, se dio cuenta de que la observaba muy pensativo. Entonces ella le sonrió y él se sorprendió y luego miró hacia otro lado.

Más tarde, cuando ya se iban a marchar todos, Izan le dijo a Aurora:

— ¿Crees que tendrás un rato mañana para que nos veamos?

— Sí, claro que sí.

— ¡Estupendo! Te parece bien sobre las cinco de la tarde.

— ¡Vale!— exclamó ella, muy contenta.

Luego, cuando iban de regreso a casa de Rainiero y de Lía, esta se acercó a Aurora y le dijo:

— No entiendo nada. ¿No me dijiste que te caía mal y que te resultaba insoportable? Porque durante la comida me ha parecido todo lo contrario.

Aurora la miró sorprendida:

— ¿Pero es que vosotros os referíais a Izan?.

— ¡Claro!

— ¡Yo creí todo el tiempo que me hablabais de José María.—exclamó Aurora.

— ¿José María? — dijo Lía, sorprendida — ¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Cómo se me iba a ocurrir a mí que pegabas con José María? ¡Pero si hasta a mí me parece un egocéntrico!

Aurora sonrió.

— Es que yo no sabía que Izan era hermano de Rainiero. No me lo presentaste en la boda.

— Es que él iba a su aire. Creo que estaba con su prima Angélica, porque su madre no pudo ir a la boda por cuestiones de salud, e Izan la acompañó, para que no se sintiera sola.

— ¡Ahora lo entiendo todo!— exclamó Aurora, aliviada.

Lía se rio y la cogió por el brazo, con cariño.

Capítulo 8
La excursión

Izan fue muy puntual. A las cinco de la tarde del día siguiente, estaba en casa de Rainiero.

Estuvo conversando unos minutos con su hermano y luego Aurora y él se fueron.

— Bueno, — dijo Izan — ¿te apetece ir a algún sitio en particular para que hablemos?

— No conozco nada de esta zona. Sólo he paseado por la playa y también he visto un poco del centro de la ciudad. Pero nada más. Así que donde tú digas estará bien.

— En ese caso, si estás de acuerdo, móntate en el coche e iremos a un sitio que me gusta mucho. Está dentro de los límites de las tierras de mi padre, pero allí no llega el ganado.

— Vale. —contestó ella.

Y así hicieron.

Mientras Izan conducía, le preguntó a la joven:

— Bueno, ahora aclárame de qué me conocías, y qué sabes de la isla.

— Pues en realidad todo esto es muy raro, pero puesto que tú admites todo lo que te pregunté, a lo mejor no te resulta tan… absurdo.

El joven se rio y le dijo:

— Explícate.

— La verdad es que te conozco de mis sueños.

Él se quedó pensativo.

— ¿De veras?— le dijo.

— Sí. Te he visto en mis sueños. Y también la isla.

— ¡Vaya! —exclamó Izan— ¡Así que en tus sueños!

— Sí— respondió Aurora.

— ¡Pues sí que es raro, sí!— dijo él.

Ella lo miró, y pensó: *"¿Le parece raro? ¡Yo pensé que él tendría la explicación!... ¡A ver si va a resultar que no sabe tanto como creí!".*

— Digo que es raro, porque yo no te he visto a ti en mis sueños. —aclaró el joven.

Ella se quedó callada, sin saber qué decir, pues ya estaba arrepintiéndose de haberle dicho nada, pues en realidad tampoco lo conocía lo suficiente como para confiar plenamente en él.

Izan la miró reflexivo unos momentos mientras conducía, y luego, volviendo de nuevo su cabeza hacia el frente, le dijo:

— Bueno, ¿y qué fue lo que soñaste?

Ella se estaba viniendo abajo, pues estaba sospechando que quizás sólo había sido una casualidad que él se pareciera al joven de sus sueños y no había nada más. Se dijo que seguramente sus sueños solo eran sueños y eso era todo. Así que se quedó bloqueada y no quiso contarle nada más, por miedo a hacer el ridículo.

— La verdad, es que no me acuerdo muy bien—dijo, por fin — Seguramente es sólo que te pareces a esa persona con la que soñé y nada más que eso. Perdona si te he confundido un poco.

Él se quedó pensativo y luego le contestó:

— No pienses que no te creo. Sólo te estaba preguntando, porque me resultaba extraño que yo no te hubiera visto a ti.

— Seguramente tú no has soñado conmigo, al igual que yo tampoco he soñado contigo—dijo ella, encabezonada— Era sólo una imagen parecida. Ahora estoy segura.

Aurora, no era una joven muy rebelde o de fuerte carácter. Pero sí tenía su orgullo y su amor propio. Y no estaba dispuesta a ser burla de nadie. No se lo consintió a Rainiero, no se lo consintió a su padre, y tampoco se lo iba a consentir a él, aunque en un principio le hubiera agradado mucho.

El joven volvió a quedarse pensativo.

— Está bien. Como quieras. Dejemos este tema— dijo.

Luego siguieron un rato en silencio.

Mientras tanto Aurora fue asaltada por multitud de pensamientos negativos: *"¿Qué es lo que ha pasado? La magia que sentí ayer con él, ¿se ha ido? ¿Así?, ¿por las buenas? ¿O es que acaso él se ha estado burlando de mí desde un principio? Claro, es que yo le hice unas preguntas y él sólo contestó que sí, y yo le creí. ¡Pero era tan fácil que él me contestara cualquier cosa! ¡Qué tonta he sido! ¡Cómo he podido ser tan ingenua!..."*

— Ya estamos llegando. —anunció él.

Aurora, que se sentía tan defraudada y tan tonta, ni siquiera hizo caso de lo que le decía, y miraba hacia un lado, sin ver nada, sólo recordando aquellos sueños.

Minutos después, él se apartó del camino principal y se metió por otro más pequeño.

— Este camino está un poco mal. — dijo Izan — pero ya vamos a llegar. Ten paciencia.

La joven se calmó y suspiró.

Tras algunos minutos, llegaron al final del camino y él aparcó.

— Bueno, ahora sólo queda recorrer a pie unos quinientos metros. Apenas diez minutos, pero estoy seguro de que te vas a alegrar.

— Está bien.— dijo ella.

La vereda que estaba bordeada por grandes y densos arbustos, subía una pequeña colina.

Izan le explicó:

— El lugar al que te quiero llevar, está al otro lado de la colina. Creo que te va a gustar porque tiene unas vistas magníficas.

— ¡Ah, ya!—contestó Aurora, por decir algo, pues seguía manteniendo el sentimiento de frustración.

Los dos caminaron en silencio parte del camino, hasta que Izan le dijo:

—Me parece que te ha molestado que te preguntara sobre tus sueños. Lo siento. No pretendía ser indiscreto, sólo quería saber por qué me habías reconocido.

Y ella le respondió:

—Ya te he dicho que en realidad estaba confundida. No eras tú. Era la imagen de una persona que se parecía un poco a ti. Eso es todo.

Él sonrió, con un matiz de pena.

— Está bien. Pero por eso mismo, discúlpame por ser tan entrometido.

— Vale. No te preocupes— respondió ella.

Siguieron subiendo en silencio, hasta que llegaron a la cima.

— Bueno, ahora seguiremos la vereda un poco más— aclaró el joven — Desde aquí, con todos estos arbustos, no podemos ver nada, pero más adelante hay un claro.

Así que continuaron a través de la estrecha vereda, hasta que Aurora distinguió el claro más adelante.

Conforme se fueron acercando, la muchacha empezó a sentir una extraña sensación, y al llegar hasta el claro, se quedó paralizada al darse cuenta de qué:

… ¡Aquel era exactamente el lugar de sus sueños!...

La muchacha se quedó asombrada. Todo era igual que en su sueño: la explanada, el precipicio, el mar, y por supuesto… la isla, con su montaña rodeada de nubes bajas.

Aurora se acercó hasta el borde y se quedó mirando, sin poder creer lo que estaba viendo.

— ¡Es la isla!— exclamó asombrada.

Él sonrió y le preguntó:

— ¿Conoces este sitio?

Ella asintió, sin pensar, y le contestó:

— ¡Sí! ¡Es la isla de mis sueños!... aunque… la luz no está.

— Bueno… sí. — respondió Izan —Es que la luz sólo se puede ver a veces.

— ¡Oh!... — exclamó ella— Pero… ¡entonces… esta isla existe de verdad!.

Y luego lo miró a él que la observaba satisfecho.

Izan se acercó a ella y le dijo:

— Aurora, sé que tus sueños son reales. No lo he dudado en ningún momento. Creo que tal vez tú sí has dudado de mí, porque yo, no sé por qué razón, no pude verte a ti. Pero de otro modo, ¿cómo sabría que tú conocías esta isla? Por favor, no tengas miedo y confía en mí.

— Sí—contestó ella, completamente arrepentida de haber dudado de él — Confío en ti. Ahora lo sé.

Capítulo 9
Revelaciones

Los jóvenes se sentaron en el suelo, mirando hacia la isla. Entonces Aurora sintió que debía contarle los sueños en los que lo había visto.

— Verás, en mi primer sueño, yo había llegado hasta aquí y estuve mirando la isla y la luz, preguntándome de dónde vendría esa luz. Entonces me retiré a un lado, y poco después escuché pasos. Entonces, no sé por qué, me escondí detrás de aquel arbusto —dijo, señalándole el lugar — Y te vi llegar. Tú no me viste y seguramente, por eso no me recuerdas.

— Sí, es lógico—respondió él, pensativo — ¿Y qué pasó después?

— Entonces, de repente te vi saltar, y después volar, como si nada. Me llevé tal impresión que me desperté.

Izan sonrió.

— Lo que pasa es que en el sueño me parecía que estaba despierta,— aclaró ella — no sospeché en ningún momento que estaba soñando, y claro, no me esperaba que alguien iba a volar de esa manera, como si fuera lo más natural del mundo…

El joven asintió.

— Ese mismo día fue la boda y allí te vi—continuó la joven — Al principio, me sonaba tu cara, pero no sabía exactamente de qué, así que pensé que serías algún famoso más. ¡Había tantos!

Él se rio.

— Hasta que te vi junto a la baranda— explicó Aurora— y me vino la imagen del sueño, cuando estabas frente al precipicio y diste el salto. Entonces ya te reconocí y como me pareció tan increíble, por eso te hice aquellas preguntas.

— Ya entiendo. — respondió Izan — La verdad es que me quedé muy sorprendido cuando me preguntaste sobre la isla de la luz. No me lo esperaba. Y me sentí bastante defraudado cuando vi que tuviste que irte tan rápidamente, sin tener tiempo para hablar de ello. Por eso, después le estuve preguntando a mi hermano Rainiero quién eras, y él me dijo que eras prima de Lía. Yo le dije que si alguna vez los visitabas, que me avisara, y así hizo. También se lo dije a Alex, que parece que hizo muy buenas migas con tu hermana. Y cuando los dos me lo dijeron, me puse muy contento de que por fin llegara la oportunidad de aclarar sobre esto.

Aurora sonrió, recordando la confusión que tuvo entre él y José María.

— Pero dime, ¿has vuelto a tener algún otro sueño así?— inquirió él.

Ella asintió y le contó su segundo sueño en el que ella se veía yendo a la isla y cuando vio el minotauro se asustó y se despertó. Y luego, el tercero en el que lo veía a él luchando contra el minotauro con una espada, y al final se la clavaba en el corazón.

— ¡Vaya!— exclamó el joven — No creo que sea frecuente que una persona pueda ver los procesos de otro en este terreno, pero quizás sea por algo.

— En todo caso, — dijo ella — de la primera vez que te vi, aprendí que yo también podía volar. Y de la segunda, aprendí que había la posibilidad de luchar contra ese monstruo. Aunque no sé si yo si sería capaz de ser tan valiente.

—Todo depende de si tienes un ánimo sincero de acabar con el monstruo— contestó él– Y cuando te digo el monstruo, me refiero, como te dije anoche, al monstruo o al toro que hay en nosotros. En el sueño, ese monstruo simboliza nuestro

propio Ego. Es decir, todo ese conjunto de defectos que viven en nosotros. Por ejemplo, el orgullo, el amor propio, la ira, el miedo, la codicia, la envidia, etc… Ese monstruo, personificación de todos esos defectos, se mueve libremente en nuestra psiquis y se manifiesta a través de nosotros, nos maneja según la característica de cada defecto, poniendo pensamientos en nuestra mente, emociones en nuestro corazón, manejando nuestro cuerpo… Imagina una entidad que se metiera en nuestro cuerpo y nos hiciera pensar, nos hiciera sentir y nos hiciera movernos a su antojo. A eso se le llamaría estar poseso, estar poseído por una entidad, ¿no? Pues bien, la cruda realidad es que eso es así, sólo que no es una entidad externa a nosotros, sino muchas entidades interiores que hemos creado en el pasado, y que han ido robándonos nuestra verdadera identidad, nuestra conciencia. Cada una de esas entidades se cree "yo" y es independiente de las demás. De manera que nosotros creemos que somos una persona, un "Yo", pero en realidad, a través de nosotros se manifiestan muchísimos "yoes", cada uno independiente de los demás. Por eso actuamos de forma inconsciente. Lo peor de todo es que no somos conscientes de que no somos conscientes. Quizás esto parezca un trabalenguas, pero párate a reflexionar sobre lo que te estoy diciendo. Tenemos la conciencia tan dormida, que ni siquiera nos damos cuenta de que estamos dormidos. De que en un momento dado actúa en nosotros un "yo", y que poco después actúa otro "yo" diferente, que no tiene nada que ver con el anterior… Afortunadamente, existe un pequeño porcentaje de conciencia que puede hacerse consciente de todo esto que te digo. Hay momentos en la vida, en que uno puede hacerse consciente de ese estado, pero enseguida llega cualquiera de esas entidades interiores y vuelve uno a olvidarse de sí mismo, y vuelve a caer en el sueño de la conciencia. Vuelve a dormirse.

— Pero entonces, ¿qué se puede hacer?— preguntó la joven.

— Pues activar ese porcentaje de conciencia que no está atrapada por el Ego. Para ello, uno tiene que hacer el esfuerzo de no identificarse con lo que ocurre a su alrededor, y recordarse a sí mismo de momento en momento, y autoobservarse de instante en instante. Es necesario aprender a vigilar todos nuestros pensamientos, sentimientos, deseos, emociones, hábitos, instintos, impulsos sexuales, etc., ante cualquier situación. Cualquier descuido en la atención, es suficiente como para caer en el sueño de la conciencia. Por eso, si alguien quiere realmente salir de ese estado de sueño psicológico, le es imprescindible esforzarse para aprender a hacer este trabajo interior. Cuando uno está decidido a hacer este trabajo, a luchar por liberarse del Ego, en sus sueños se refleja su decisión de enfrentarse a ese monstruo. Y se enfrenta.

— ¿Y así es como se liquida, como tú decías, el monstruo?.

— Bueno, en realidad, en ese momento de la lucha, uno está demostrando que está dispuesto a luchar por liberarse del Ego, pero el trabajo verdadero, realmente lo tiene que hacer aquí, en la vida diaria, con el cuerpo despierto. Aquello, lo del sueño, es simbólico… Te he hablado de la primera parte del trabajo que es la de activar el pequeño porcentaje de conciencia libre y despierta que aún nos queda. Pero luego nos queda liberar el resto de conciencia que está atrapada por todas esas entidades interiores, por todos esos "yoes". Pero no quiero que te sientas saturada de información. Creo que es mejor que tengas tiempo para reflexionar sobre lo que te he dicho, y si quieres, en otro momento, continúo hablándote de ese trabajo de disolución del ego.

Ella sonrió. Luego miró hacia la isla y le preguntó:

— Oye, ¿y qué me dices de la luz?.

Izan se sonrió.

— De la luz, te hablaré mañana. ¡Si nos vemos, claro!

— ¡Por supuesto que sí nos veremos! ¡No me vas a dejar así, a medias!

Él se rio.

Aurora se levantó y se acercó hasta el precipicio, miró y le dijo:

— Bueno, ¿y cómo puedo saber si ahora no estoy otra vez en mi sueño?

— ¡Buena pregunta!— exclamó él, muy contento — ¡Habrá que cerciorarse!

— ¿Y cómo?

— Pues muy sencillo. Fíjate, en el sueño nosotros éramos capaces de volar, ¿no?

— Sí. Es cierto.

— Pues podemos probar a volar para ver si podemos hacerlo o no. Si no podemos, es que no estamos soñando, pero si sí, te propongo que vayamos volando juntos a la isla, ¿qué te parece?

— Sí— contestó ella, riéndose — pero si saltamos por el precipicio y no estamos soñando, ¡me parece que nos vamos a dar un buen testarazo!

— ¡Mujer!— respondió él, riéndose también — ¡No hace falta que saltemos por el precipicio! Basta con saltar aquí mismo, sobre la tierra

— ¡Es verdad! ¡Qué tonta!— exclamó la joven.

Y los dos saltaron, pero no flotaron.

— Pues parece que no estamos en el sueño— dijo él — ¿Te apetece dar un paseo?

— Me encantará—contestó ella.

Capítulo 10
El caos interior

Aquella noche Aurora se acostó y se puso a reflexionar sobre la conversación que había tenido con Izan.

Tenía mucho sentido, porque realmente ella se había dado cuenta, hacía tiempo, que muchas veces pensaba, sentía y actuaba sin querer. Por ejemplo, en múltiples ocasiones le venían pensamientos sin ton ni son, y muchas veces muy negativos, como le ocurrió cuando iba con el joven en el coche. Aquellos pensamientos de desconfianza y de enfado eran absurdos y engañosos, pero ella se los creyó.

Pero eso no era todo. También había estado presa de ciertas emociones basadas en el amor propio, en el miedo al qué dirán, en la rabia, en la desconfianza…

Y recordando con detalle aquella situación, tuvo que admitir que sus movimientos también eran involuntarios: mirando hacia la ventana, como queriendo darle la espalda al joven, a quien creía que la había estado engañando, y con la cara contraída, la mandíbula apretada, los puños muy cerrados, y sus ojos mirando hacia fuera del coche, pero sin ver nada del paisaje, pues estaba soñando con los pensamientos negativos.

Definitivamente, había estado soñando. No era consciente. Había estado manejada por el amor propio, por la sospecha, y por la rabia. Y sin embargo, nada de eso era ella. ¡Había estado poseída por diferentes "yos"!

"Ahora me doy cuenta de esto, pero en ese momento no era consciente de lo que me estaba pasando", pensó*. "Está claro que tenía la conciencia dormida. Pero me temo que no ha sido la única vez. ¡Tantas veces he pensado, he sentido, he dicho o he hecho cosas que luego me han sorprendido! "*…

La muchacha, convencida de que lo que Izan le había explicado de los muchos "yoes", podía ser cierto, empezó a poner en práctica lo que le había explicado. Haciendo un esfuerzo para recordarse a sí misma, se puso a estar atenta a todo lo que le surgiera de dentro, fueran pensamientos, emociones, e impulsos de todo tipo.

Así, con los ojos cerrados, se quedó pendiente de todo lo que le iba viniendo desde dentro de su psiquis. Y poco a poco, conforme se iba relajando, fue sintiendo la respiración más profunda y comenzó a escuchar voces y sonidos, y le fueron viniendo imágenes cada vez más nítidas, hasta que se sintió más ligera…

Entonces se vio a sí misma en un extraño parque zoológico. Había jaulas, sí, pero las puertas estaban abiertas y los animales campaban libremente por todas partes. Ella se sorprendió muchísimo al ver sueltos: tigres, jaguares, osos, lobos, hienas, zorros, cocodrilos, gorilas, etc. y también gallinas, perros, ovejas, cerdos, caballos, así como cucarachas, ratas, escorpiones y nubes de mosquitos, tábanos, y avispas. Todos iban a su aire, mezclándose entre ellos, algunos enfrentándose, otros ignorándose… Por otro lado, el ruido era ensordecedor con tantos rugidos, aullidos, gruñidos, chillidos, cacareos, ladridos, relinchos, zumbidos… Y Aurora entre medias de todos ellos.

Sin embargo, se dio cuenta de que si alguno quería atacarla, ella lo miraba de frente, y la bestia se alejaba…

Pero a pesar de poderse defender de aquella manera, sintió unas ganas enormes de salir de allí, pues tenía el corazón compungido, con deseos de liberarse de aquel caos.

Se puso a caminar en busca de una salida, pero aquello tenía jaulas por todos lados. Hasta que de repente, al pasar por entre medias de dos jaulas, sintió la voz misteriosa y se dio cuenta de que había un pequeño pasaje entre las dos jaulas.

La joven se metió por allí y vio que se trataba de una salida que le conducía a un pequeño camino que subía cuesta arriba.

La joven se sonrió, intuyendo a dónde le conducía aquel camino. Y no se equivocó.

Allí estaba el llano, con el precipicio, el mar y la isla con la montaña y la luz, al fondo.

Sin pararse a pensar, se lanzó al aire y se dirigió hacia la isla. Como las otras veces aterrizó en la playa, y con una determinación que le nacía de dentro, se dirigió hacia la cueva.

Pero el minotauro no estaba.

Se preguntó: *"¿Es posible que Izan acabara con él para siempre?".*

Echó un vistazo por los alrededores y vio la espada.

Aurora se acercó hasta ella y la cogió. Estaba muy limpia, parecía no haber sido usada.

Entonces escuchó el rugido en el interior de la cueva.

Ella se giró y esperó a que saliera la bestia. Y la bestia no tardó en ponerse a la vista.

Aurora se dijo: *"Ahora me toca a mí. Tengo que acabar contigo.".*

Y con una fuerza y una confianza que provenía de algo sobrenatural, se fue hacia el monstruo y cuando éste quiso abalanzarse sobre ella, la joven le clavó la espada en el corazón.

Y en ese momento se despertó.

Aurora no se movió en absoluto, y empezó a recordar todo aquel sueño con cada detalle. Y entonces comprendió que finalmente había comenzado todo…

Capítulo 11
Un paseo a caballo

— Aurora, ¿has quedado hoy con Izan?— preguntó Lía, cuando desayunaban.

— Sí. He quedado por la tarde. No te importa, ¿verdad?

Su prima se rio

— ¡No, claro que no!— respondió — ¡Si te casas con él, te vendrás a vivir a la ciudad, y entonces podremos estar mucho más cerca!

— ¡Aurora!— exclamó Araceli — ¿Es verdad eso? ¿Te vas a casar con él?

Aurora se rio y le contestó a su prima:

— ¿Si me caso con él? ¿De dónde sacas eso? ¡No seas tan fantasiosa!

— Bueno, es lo más lógico, si estáis enamorados—replicó su prima.

Aurora se quedó sorprendida por la conclusión de Lía y se quedó callada.

— Porque estáis enamorados, ¿verdad?— dijo su prima.

— Sólo somos amigos. Eso es todo. —contestó Aurora.

— ¿Sólo amigos?— repitió Lía, con tono de duda — ¡Bueno, así se empieza!

— No te imagines cosas que no son. —contestó Aurora— Sólo somos amigos. ¡De verdad, créeme!

— ¡Bueno! ¡Ya veremos!— dijo Lía. — ¡El tiempo lo dirá!

— Aurora, — intervino Araceli — si te casas con él, vendré a menudo a verte.

— Celi, ¿No me has oído? —contestó Aurora, enfadada — ¡Ya os he dicho que sólo somos amigos! ¡Si quieres, cásate tú con Alex!

— ¡Vale, vale!— respondió su hermana — ¡No hace falta que te pongas así!

En ese momento, Aurora se dio cuenta de que había vuelto a dejarse llevar por un "yo" de amor propio y otro "yo" de enfado. Pero como se había olvidado de sí misma durante toda la conversación, se había dormido, y por tanto se había dejado llevar por esos yoes. Pero inmediatamente se arrepintió de ello.

—Perdona, Celi. —dijo Aurora con dulzura — No era mi intención, gritarte.

— ¡Está bien! ¡Te perdono!— replicó su hermana, aún dolida.

Sin embargo, esta conversación dio qué pensar a Aurora. No sólo por el hecho de haberse olvidado de sí misma y de haberse "dormido". La joven había asegurado que ella e Izan eran sólo amigos, y así era. Pero… lo cierto es que siendo sincera consigo misma, sí sentía algo muy fuerte por el joven. Apenas le conocía, pero después del sueño que había tenido, en el que se encaraba al monstruo, ya sentía una gran admiración por él. Y la tarde que pasaron juntos, a excepción del primer rato en el coche, fue la más feliz de su vida. A ella, Izan le parecía realmente atractivo, no sólo en lo físico, sino en su forma de hablar, de reírse, en su espíritu independiente… Además lo veía comprensivo, paciente, inteligente, y con un gran sentido del humor. Sin olvidar que era muy valiente.

En definitiva, él le gustaba mucho. Pero ella había dicho la verdad: sólo eran amigos y eso era todo.

"¡El tiempo lo dirá!", le había dicho su prima. Y Aurora se dijo: "Tiene razón. ¡El tiempo lo dirá!".

A media mañana, las tres jóvenes se fueron con Alex, a los establos de la mansión. El muchacho iba a enseñar a Araceli y a Aurora a montar a caballo.

Aunque en otros momentos a Aurora le habría parecido aquella aventura una exclusividad de ricos y por tanto algo digno de rechazar, en esta ocasión, su opinión era muy diferente, pues no era cuestión de lujos o vanidades. Se trataba de algo realmente emocionante para ella, pues siempre le habían gustado mucho los caballos.

Al principio, las dos hermanas se acercaron con mucho cuidado, pues era la primera vez que estaban tan cerca de uno de aquellos hermosos animales.

Alex era muy cariñoso con ellos y les enseñó a acariciarles con ternura para que los caballos las reconocieran.

Luego ayudó a Aurora a montarse, mientras él sujetaba el caballo. Y después le dio una pequeña vuelta por las afueras del establo. Cuando vio que la joven se sentía más tranquila, hizo lo mismo con Araceli.

Mientras, Lía también había montado sobre su propio caballo y le dijo a Aurora de pasear lentamente juntas, mientras Alex atendía a Araceli.

Aurora se sintió muy dichosa al verse montada en el caballo sin ayuda, y paseando junto a su prima.

Lía también se reía, de contenta.

Poco a poco, fueron cogiendo confianza las dos hermanas, y una hora después ya estaban marchando los cuatro alejándose de la mansión montados en sus caballos.

Para Aurora, aquella fue una mañana inolvidable, pues el contacto con la naturaleza, con aquellos bellos animales, con el aire puro… fue como un regalo, mucho más preciado que cualquier lujosa joya.

Cuando volvieron y desmontaron, le dio las gracias a Alex.

— Muchas gracias, Alex, por esta excursión. Me lo he pasado muy bien. Y has sido muy amable con nosotras.

El joven se reía y contestó:

— Me alegro mucho de que te haya gustado. Como vais a estar aún muchos días, repetiremos la experiencia, hasta que seáis capaces de dominar el caballo completamente.

Aurora sonrió.

— Se ve que a ti también te gustan mucho, ¿verdad? Eres muy cariñoso con ellos.

— Sí. Me encantan. Aunque siempre no he sido así con ellos. Cuando era pequeño, mi padre me regaló un pony, pero yo era un poco bruto, porque estaba acostumbrado a ver a mi hermano José María montar con muchos bríos. Siempre quería correr más que nadie y forzaba a su caballo. Y yo quería ser más rápido que él y por eso también forzaba a mi pony. Pero entonces, Izan, que como sabes, es nuestro hermano mayor, me explicó que así no conseguiría nada, sino herirlo y acabar con él. Y que era preferible que lo tratase como a un amigo para que siempre estuviera feliz cuando fuéramos juntos. Me enseñó a cuidarlo con cariño y comprobé que tenía mejores resultados, y además era mucho más gratificante. Todo lo que sé, me lo enseñó Izan.

— ¡Ah!— exclamó Aurora, contenta de conocer aquella historia.

Luego, cuando volvían las tres primas hacia la casa de Lía, Araceli le preguntó a su prima:

— Oye Lía, ¿es verdad que Izan es el hermano mayor? ¡Yo creía que era Rainiero!

— No— respondió Lía — Izan es el mayor, luego va Rainiero, después José María y por último Alex.

— ¡Ah! ¡Entonces el heredero es Izan!— dijo Araceli.

Aurora la miró sorprendida por el comentario.

— Bueno, hoy día no es como antiguamente—explicó su prima — Ahora todos los hijos son herederos. Pero es cierto que Izan al ser el mayor, tenía más privilegios. Por eso, cuando se fue de la mansión, mi suegro se enfadó mucho, porque parece ser que él pensaba dejarle la mansión a él. La mansión con las tierras más cercanas. Incluidos los establos, claro está. Pero esta forma de actuar de su hijo, le ha descolocado bastante.

— Pero entonces, ¿qué le iba a quedar a Rainiero y a los demás?— inquirió Araceli.

— Bueno, mi suegro tiene más casas. No tan grandes como la mansión, pero tiene una en la ciudad, a la que, por cierto, Izan no quiso irse. La nuestra se la regaló a Rainiero cuando nos casamos, y tiene otra en la capital, que seguramente será para José María.

— ¿Entonces la de la ciudad es para Alex?— inquirió Araceli.

— Pues eso creo, sí—contestó Lía.

— Bueno, pues ya sabes que si te casas con Alex, ya tienes casa. —bromeó Aurora.

Araceli se rio y Lía también.

Capítulo 12
La luz de la isla

Aurora esperaba con Lía en el jardín principal, la llegada de Izan. Pocos minutos después apareció su coche y ella sonrió.

Lía le dijo en voz baja, con tono juguetón:

— ¡Ahí viene tu futuro esposo!

Aurora la miró y le contestó, también en voz baja:

— ¡Cállate, que te va a oír!

Y Lía se rio.

El joven se acercó a ellas y al verlas, les sonrió.

— ¿Secretitos de primas?

— ¡Sí!— contestó Lía — ¡Pero si quieres te los cuento!

— ¡Lía!— le llamó la atención Aurora, temiendo que realmente lo hiciera.

Su prima se rio e Izan sonrió, divertido.

— Bueno, me parece que a Aurora no le hace gracia. Así que mejor lo dejamos. —contestó él.

Aurora se sintió un poco avergonzada y un poco enfadada, pero se acordó de sí misma y al ver esas reacciones dentro de sí, se dijo que tampoco era para tanto.

— ¿Nos vamos, Aurora?— dijo él.

— Sí, vale.

— Bueno, ¡pues que os lo paséis muy bien!— les deseó Lía.

Y los dos se marcharon muy contentos.

— ¿Quieres ir hoy a algún sitio en especial?— preguntó Izan, mientras se montaban en el coche.

— Pues no me importaría volver al mirador de la isla. —contestó ella.

— De acuerdo. Allá vamos.

Mientras iban en el coche, Aurora le contó a Izan que había estado aprendiendo a montar a caballo durante la mañana. Y que Alex le había estado enseñando, y que lo había pasado muy bien.

— Me alegro mucho. —respondió Izan — Si logras montar más o menos bien, podemos ir a caballo a muchos sitios. Para bien o para mal, mi padre tiene una gran extensión de tierras. En algunas está el ganado, pero tampoco pasa nada si pasamos cerca de ellos. Pero en otras, como ya has visto, se puede pasear tranquilamente sin ningún riesgo.

— Ojalá supiera montar tan bien como para eso.

— ¡Claro que sí! Es sólo cuestión de práctica.

— Sí, supongo que sí. —respondió ella — Y hablando de práctica, supongo que también es cuestión de práctica que uno sepa mantenerse en ese estado de íntima recordación de sí mismo y autoobservando todos sus procesos psicológicos, ¿no? Porque yo he empezado a hacerlo, pero no es nada fácil mantenerse.

— Sí. Es que es lo mismo. Hoy has empezado a aprender a montar a caballo y si continúas practicando, verás que puedes llegar a ir a muchos sitios. Si por el contrario, te desanimas porque piensas que no serás capaz o porque no tienes continuidad de propósitos, al final lo dejarás y no llegarás a montar a caballo nunca. Si hoy has empezado a aprender a recordarte a ti misma y a autoobservarte internamente, el que

enseguida hayas perdido el hilo, no debe desanimarte, pues ese desánimo sólo te conduciría a dejar ese trabajo. Por el contrario, debes seguir intentándolo, y conforme lo haces, tendrás más experiencia y fuerza para acordarte con más frecuencia, hasta que llegue un día en el que todo el tiempo lograrás mantener ese estado de conciencia activa.

— Sí. Es muy lógico—respondió ella.

Poco después llegaron al llano del acantilado desde el que se veía la isla.

Aurora estuvo mirándola durante unos minutos en silencio, mientras recordaba su último sueño.

Luego se dijo: "¿Estaré soñando o estaré despierta?" Y dio un salto allí mismo, sobre la tierra, para comprobar si estaba en sueños o no.

Izan sonrió, al comprender el gesto de la muchacha.

Luego, la joven se sentó a su lado y le dijo:

— Bueno, ahora háblame de la luz de la isla. Me dijiste ayer que lo harías.

Él se rio y contestó:

— ¡Claro! ¡No me he olvidado!

Ella asintió, complacida.

— La luz que tú has visto en tus sueños, tiene dos significados: uno interior y otro exterior. Hoy te voy a explicar el significado interior. Y otro día te diré cuál es el otro significado.

Aurora lo miró muy atenta.

— Bien, — continuó Izan — en realidad, todo lo que has visto en tus sueños tiene un significado interior y otro exterior. El significado interior es bastante complejo y necesitarías tener un poco más de conocimientos para comprenderlo todo, pero… ¡no me pongas esa cara!— exclamó el joven, riéndose, al ver el gesto de ella — ¡que te voy a explicar qué es la luz y un poco más!

— ¡Ah, bueno!— contestó ella.

Él continuó riéndose un poco más y después empezó a explicarle:

— El camino del despertar de la conciencia no es algo fácil, sino más bien todo lo contrario. No es un camino llano, no es un un camino horizontal, no. Es un camino que exige un esfuerzo cada vez mayor, es como el que se tiene que hacer cuando uno sube una montaña. El camino de la vida que recorre casi todo el mundo es un camino horizontal que empieza cuando uno nace, después crece, se hace adolescente, va al colegio, después a la universidad o aprende algún oficio, más tarde se casa, tiene hijos, empieza a envejecer y finalmente muere. Ése es un camino que recorren la mayoría de los seres humanos, y que sólo hay que dejarse llevar, pues para caminar por él, no importa que se tenga la conciencia dormida. Así, uno cree que hace, pero en realidad todo le sucede.

Aurora escuchó muy atenta y recordó su primer sueño en el parque dominguero.

—Sin embargo, el camino del despertar de la conciencia, es muy diferente— continuó Izan — Es un camino que se abre ante nosotros en cada instante, aquí y ahora, empezando por lo que ya has aprendido. Es decir recordándose uno a sí mismo de momento en momento y autoobservando cada uno de sus pensamientos, emociones, impulsos motores, instintivos o sexuales. Este camino es vertical. El otro es horizontal, y sólo hay que dejarse llevar. Pero éste es vertical, y hay que hacer un

esfuerzo por activar y despertar la conciencia. Pero no un solo esfuerzo, sino continuos esfuerzos, de instante en instante.

El joven hizo una pausa y ella se quedó reflexionando. Luego él prosiguió sus explicaciones:

— La isla simboliza que para este trabajo interior hay que aislarse de la vida común y corriente. Pero cuando hablo de aislarse, no quiere decir que uno no viva la vida y se vuelva un ermitaño. Lo que quiero decir con aislarse es "no identificarse" con la vida tal cual aparece ante nosotros, y, ¿cómo? Pues mediante el trabajo sobre sí mismo, empezando por el recuerdo de sí mismo. ¿Me sigues?

— Sí. Entiendo lo que quieres decir. —contestó ella.

— La montaña representa ese trabajo ascendente, vertical, de superesfuerzos continuos, para poder despertar totalmente.

— Entiendo. —dijo Aurora — Pero, ¿por qué está rodeada de nubes bajas?

— Esas nubes bajas son el reflejo del sueño de nuestra conciencia. Sólo podemos ver un poco de la montaña, que es lo que la poca conciencia libre que tenemos, consigue apreciar de la realidad. El resto no podemos verlo, debido a que nos lo impiden los mismos que tienen encarcelada y dormida el resto de nuestra conciencia. Es decir, los diferentes "yoes". Puesto que éstos nos hacen vivir como en una especie de bruma o de nube que no nos deja ver la realidad. Pero… lo que sí podemos llegar a captar a veces es la luz. Esa Luz representa nuestro verdadero Ser, nuestro Dios interno, que es quien nos ilumina el camino a seguir, quien nos llama con su voz secreta, quien nos impulsa a querer hacer ese camino y quien nos da fuerza para continuarlo.

— ¡Oh!— exclamó Aurora, comprendiendo y sabiendo en su interior que aquello era ciertamente así.

Capítulo 13
Autoconociéndose

Después de unos momentos, a Aurora le surgió una nueva pregunta:

— Oye, me gustaría que me hablaras también acerca de cómo hacemos para eliminar el ego.

— Bueno, está bien. En realidad, viene a cuento porque es una parte de nuestro Ser interno, de nuestro Dios interno, quien se encarga de ello. El Ser es una unidad múltiple perfecta que tiene diferentes partes, las cuales tienen una misión específica para ayudarnos en el despertar. Una parte es por ejemplo, nuestro Padre interno, que es esa luz que vemos en la isla y la que nos impulsa y nos mueve a buscar interiormente el despertar, y además es quien nos ayuda en la comprensión de los yoes, pues él posee la Sabiduría. Y también está la parte femenina, nuestra Madre interna, nuestra Madre Divina. Ella también tiene diferentes misiones como por ejemplo darnos este cuerpo físico, pues es ella quien comanda a todas las células de nuestro cuerpo. Así mismo, es fundamental a la hora de la muerte de nuestro cuerpo. Pero también es ella la que se encarga de nuestra muerte psicológica, es decir de eliminar esos defectos psicológicos que hemos creado y nos manejan. La técnica es sencilla, pero implica un gran esfuerzo de estar atento en cada momento. Se trata de que cada vez que mediante la autoobservación psicológica veamos la manifestación de un "yo", en ese mismo instante le pidamos interiormente a nuestra Madre Divina que saque de nuestra psiquis ese "yo" y lo elimine. Y así poco a poco, a medida que vayamos descubriendo diferentes "yoes", los vamos trabajando de esta manera. Habrá algunos que hemos alimentado durante mucho tiempo y serán más fuertes, y entonces será necesario aplicarle este trabajo varias o incluso muchas veces, hasta que se vayan debilitando y al final sean disueltos completamente. Otros, apenas con una petición o dos, es posible que sea suficiente.

Aurora se quedó callada reflexionando sobre la técnica que acababa de explicarle Izan.

— ¿Me he explicado? — le preguntó Izan a la joven —¿Lo has entendido?

— Sí. Creo que está bastante claro. La pondré en marcha.

— Muy bien. Justamente, a este trabajo se le llama "muerte en marcha", porque uno va muriendo en el ego, de momento en momento. Recuerda que es una petición rápida y directa. En el instante en que surja el "yo" que sea.

— Sí, vale.

Izan sonrió y le dijo:

— Bueno, creo que sí la vas a poner en práctica.

Ella le miró y le sonrió, sin comprender su afirmación.

— ¿Sabes por qué lo sé?— le dijo él.

La joven se quedó extrañada y le contestó:

— No. ¿Por qué?

— Porque anoche yo te vi a ti.

— ¿Anoche?

— Sí, esta vez he sido yo quien te vio a ti.

Aurora se quedó pensando y comprendió que se refería al sueño.

— ¿Me viste en sueños?

— Así es. Te vi con el minotauro. Pero esta vez, tú no me viste a mí.

— ¿De veras?— exclamó ella, muy sorprendida, pero también contenta.

Él asintió.

— ¿Y cuál crees que será el siguiente paso?— inquirió la joven.

— Bueno, pues eso se va viendo conforme se va avanzando. Cuando llegue el momento, lo verás.

— Sí, claro. —asintió ella —Es comprensible.

Izan se estiró y le propuso:

— ¿Damos un paseo?

— ¡Vale!— contestó ella.

Así que, como el día anterior, se fueron a dar una vuelta por los alrededores.

—Alex me contó que todo lo que sabe sobre los caballos se lo has enseñado tú. —dijo ella.

Él se rio.

— ¡Qué exagerado!— contestó el joven— Alex ama esos animales y excepto algunas cosillas que yo le enseñé de pequeño, él ha aprendido por sí mismo.

Aurora sonrió al reconocer la modestia del joven. Luego se quedó pensativa y después le preguntó:

— ¿Puedo hacerte una pregunta personal?.

Izan la miró y respondió:

— Bueno, a ver, dime.

— ¿Es por todo esto que me has estado explicando, por lo que has dejado la mansión y a tu familia?

Tras unos momentos de silencio, él le contestó:

— Desde que nací, he tenido todas las cosas materiales que he querido. No me ha faltado de nada. Cualquier cosa que se me ocurriera, la podía conseguir. Durante mucho tiempo he sido el consentido de mi padre. A pesar de que también se ocupaba de mis hermanos, todos sus mayores proyectos los hacía pensando en mí, y en que yo iba a continuar todo lo que él había construido. Poco a poco me di cuenta de que las cosas materiales sólo me producían una satisfacción pasajera, y que incluso viviendo entre algodones y plumas, sentía que había algo que me faltaba. Entonces decidí hacer un viaje para ver si encontraba lo que buscaba. Fui a Egipto, a Jerusalén, a la India, al Tíbet, a Turquía, a México y a Perú. En todos esos lugares encontré un gran misticismo y comprendí que lo que yo buscaba no tenía nada que ver con el mundo y sus juguetes, los cuales sólo sirven para distraernos y dormirnos la conciencia. Cuando regresé, empecé a tener mis primeros sueños y mis primeras experiencias. Y entonces me di cuenta de que viviendo la vida que tenía, todo era demasiado perfecto y no tenía el suficiente gimnasio psicológico para autodescubrirme, para conocer realmente lo que hay en mi interior. Necesitaba buscar un ambiente en el que poder ver lo que realmente había dentro de mí. Es como le puede ocurrir a un monje o a un ermitaño. Nunca podrá descubrir las mismas cosas en sí mismo si vive aislado, que alguien que vive en el mundo donde recibe impactos de todo tipo. ¿Comprendes?

— Sí, claro que te comprendo. —respondió ella.

Izan le dijo:

— Sé que a mi padre le dolió mucho. Y a mi madre también. De otra manera, pero también. Yo los quiero, pero necesitaba salir y vivir mi vida para poder ver lo que realmente hay dentro de mí. Sólo espero que algún día puedan perdonarme.

— Yo creí que no querías que tu padre te ordenara y te rebelaste contra él, y por eso te marchaste.

Él sonrió.

— No. Es cierto que a él le gusta mandar, pero a mí no me mandaba. Él me aconsejaba cuando yo era pequeño, hasta que cuando crecí un poco más, ya me hablaba de igual a igual. Ya te he dicho que era su consentido. A mis hermanos sí les ha tratado con más autoridad, pero a mí me respetaba.

— ¿Y no has pensado que a lo mejor tenías otros gimnasios psicológicos que no le diste importancia?.

Izan la miró pensativo.

— Pues… no sé… nunca lo había pensado…

Luego se quedó callado, reflexivo.

— Bueno, seguramente llevas razón—dijo Aurora — No es lo mismo tener todo lo que uno quiere, que tener que buscarse la vida para poder vivir, convivir con gente de todos tipos…, que por ejemplo le lleven a uno la contraria… que se tenga que levantar temprano para ir a trabajar aunque no tenga ganas… que vea que no le llega el dinero a finales de mes… en fin… una vida normal.

— Veo que has entendido lo que quería decir—contestó Izan, sonriéndole — Pero de todas maneras, voy a reflexionar sobre lo que me has dicho.

Y continuaron su paseo, charlando de otras cosas.

Capítulo 14
Un paseo nocturno

Aquella noche, después de cenar, mientras Aurora charlaba con Lía, Araceli y Rainiero, llegó inesperadamente Izan.

Todos se sorprendieron, y su hermano le preguntó:

— ¿Ocurre algo?

— No, tranquilos. No pasa nada. —respondió Izan, sonriéndoles — Confío en que no sea muy tarde para vosotros.

— No, claro. Nosotros cenamos pronto—respondió Rainiero — ¿Querías hablarme de algo?

— No. La verdad es que quería hablar con Aurora.

La joven se extrañó, pero se levantó y le dijo:

— ¡Claro! ¡Dime!

— ¿Te apetece salir afuera un rato?— le propuso Izan, ante la mirada curiosa de los demás.

Aurora miró a los demás, que estaban pendientes de ella, y con cierto apuro, contestó:

— Sí, bueno.

Los dos jóvenes salieron, mientras Aurora escuchaba por detrás unas risitas provenientes de Lía y de Araceli.

— Perdona que haya venido así, de improviso— se disculpó el joven — pero quería decirte algo que no puede esperar.

— Vale. No hay problema. —respondió ella, aún con cierta cortedad.

El joven asintió, pero se quedó callado, como pensando.

— ¡Bueno! ¿Qué pasa?— preguntó Aurora, intrigada.

— Estoy pensando… — empezó a decir él.

Ella esperó pacientemente, hasta que él la miró y le dijo:

— Mejor vamos a dar un paseo, ¿quieres?

La joven se extrañó, pero ya estaba empezando a sentir demasiada curiosidad y asintió:

— Bueno, está bien.

— Pues móntate en el coche.

— ¿En el coche?

— Sí. Anda, hazme caso.

— Está bien. Como quieras.

Los dos se montaron y se alejaron de allí.

Izan iba silencioso y la joven empezó a preguntarse, qué sería lo que él le quería decir, y por qué estaría tan nervioso. De repente se le ocurrió que tal vez quería declararse, y eso le produjo un vuelco en el corazón. Y aunque durante todo el tiempo ella misma trató de convencerse de que no, de que ésa no era la razón, la idea le venía una y otra vez, lo cual la ponía cada vez más nerviosa. Hasta que ya era tanto el "mare magnum" que tenía en su mente y en su corazón, que por pura necesidad interior, se acordó de sí misma y aplicó el trabajo que conocía de mantenerse en estado de alerta novedad, recordándose a sí misma y autoobservando sus pensamientos, sus emociones

y sus movimientos, sus instintos e incluso sus impulsos sexuales. Y al descubrir varios "yoes", los trabajó con la muerte en marcha. Y así, se sintió liberada y en paz.

Poco después, aunque era de noche ya, reconoció el lugar por donde iban y al llegar al sitio donde habían aparcado las otras veces el coche, él le dijo:

—Hay luna llena, pero llevaremos también las linternas. En el maletero tengo varias.

La joven, continuaba extrañada de que la hubiera llevado al mismo sitio de siempre, aun siendo de noche, pero no dijo nada.

Cogieron las linternas y marcharon a pie por la vereda.

— ¡Me alegro de que no lleves puestos los zapatos que llevabas en la boda!— comentó el joven, mientras subían la colina.

Ella recordó aquellos fastidiosos zapatos y se echó a reír.

— ¡Es verdad que fueron un verdadero martirio!— exclamó.

Él se rio también. Y la joven continuó:

— Y cuando en la iglesia se metió uno de ellos bajo la tarima y vi que no lo podía coger, la verdad es que me sentí bastante apurada.

Él siguió riéndose.

— ¡Sí! ¡Ya vi que te costaba sacarlo!

— ¡Pues si supieras la vergüenza que me dio, cuando vi que te habías dado cuenta!— exclamó ella, riéndose, mientras se acordaba.

Los dos se reían mientras llegaban al final de la colina.

Luego cogieron la vereda y cuando estaban a punto de llegar al claro, Izan se detuvo y se volvió hacia ella. La joven se quedó parada y al ver que él la miraba, le preguntó:

— ¿Qué pasa?

— Aurora, te he hecho venir hasta aquí porque quería que vieras algo.

— ¿El qué?

Él sonrió y le cogió la mano.

— Ven—le dijo.

Ella se sintió algo confundida, pues no sabía bien por qué él le había cogido la mano, pero al entrar con él en el claro, comprendió el misterio de toda aquella excursión:

En lo alto de la montaña de la isla… ¡estaba la luz!

Aurora dio un salto para comprobar si estaba en sueños o no. Y al ver que no flotaba, comprendió que no estaba en sus sueños.

— ¡Oh, Izan! ¡Es la luz de la isla! ¡Está ahí!

— Sí. Está ahí—contestó él, sonriendo.

— ¿Es un faro?— preguntó la joven.

— No. No es un faro.

— Entonces… ¿qué es en realidad esa luz?

Izan no dijo nada.

Ella lo miró.

— ¿Qué es?... ¿Es que no lo sabes?

Él suspiró y le contestó:

— Sí. Sí lo sé. Pero por ahora no puedo decírtelo. Lo siento.

Aurora se extrañó por la respuesta.

— Pero entonces, ¿por qué me has traído aquí? ¿Por qué me la has enseñado?

— Ten paciencia. Cada cosa en su momento. Ten confianza, ¿vale?
— Está bien. Tendré paciencia.
— ¡Buena chica!— dijo él, sonriendo.
Luego se quedaron un poco más allí observando la isla y también las estrellas.
Y al cabo de un rato volvieron a casa de Lía.
Aquella noche, cuando Aurora se acostó, se sentía muy dichosa.

Capítulo 15
Planes familiares

— ¿A qué hora volviste anoche?— preguntó Lía a Aurora, cuando se encontraron a la mañana siguiente.

— Pues… no sé. No miré el reloj.

— ¡Ya!, ¡claro!— exclamó Lía, con una sonrisilla traviesa.

Aurora la miró y se sonrió también.

— Y dime, — continuó Lía — ¿seguís siendo sólo amigos?

— ¡Ajá!— respondió Aurora.

— ¿Seguro? ¿O te estás guardando un secreto?

— Seguimos siendo amigos, créeme. Sólo fuimos a dar un paseo y a ver las estrellas.

— ¡Vaya! ¡Conque Izan es un romántico!

— Bueno, es que el cielo desde aquí se ve muy bien, porque como no están las luces de la ciudad…

—¡Sí, claro! ¡Seguro que era por eso! —exclamó Lía riéndose— Bueno, hablando de otra cosa: Mi suegra llamó anoche y nos han invitado a comer hoy con ellos.

— ¡Ah! ¡Vaya!

— ¿No te gusta la idea? Te advierto que le dije que estaría bien que Izan también fuera.

Aurora la miró y se sonrió.

— Lo que pasa es que… me pregunto si hay que vestirse de gala otra vez.

— ¡No mujer! ¡Esto es una comida, no una cena! Pero no estaría mal que te arreglaras un poco. Ese vestido de flores que tienes es muy bonito… Te lo podrías poner…

Aurora se rio. La verdad es que ya no le importaba tanto tener que arreglarse más de lo habitual, si él iba a estar también…

La mañana la pasaron las tres primas en la playa y después se vistieron y se marcharon con Rainiero a la mansión.

Cuando llegaron, Izan ya estaba allí. Se encontraba en el jardín principal con su madre, su hermano Alex, su tía y su prima Angélica.

Todos se saludaron alegremente y estuvieron charlando entre unos y otros.

Poco después llegó José María. Éste, después de saludar en general, se acercó a Aurora y le dijo:

— ¡Parece que no hemos podido quedar en estos días! ¡La verdad es que he estado muy liado con el yate que me he comprado! Pero si quieres mañana podríamos navegar juntos, ¿qué te parece?

— ¿Mañana? Pues… no sé. Es que me parece que mañana no voy a poder. — dijo ella.

— ¿No? ¿Por qué no? ¡Si estás de vacaciones!— dijo él extrañado — ¡Oye Lía! ¿Crees que mañana puedes dejarla libre a Aurora para que nos vayamos a navegar en mi yate?

Lía miró a Aurora, y con cierto apuro iba a contestar, pero Araceli se le adelantó y dijo:

— ¿En el yate? ¿Yo también puedo ir?

José María miró sorprendido a la hermana pequeña.

Entonces Lía pareció ver solución y contestó:

— A mí también me encantaría ir. Oye, ¿cuántos caben en tu yate?

Aurora tuvo que reprimir la risa, por el tono en el que habló su prima.

José María parecía desconcertado y empezó a decir:

— Pues… el caso es que yo había pensado…

— ¡Oye, pues yo también me apunto!— intervino Alex.

José María resopló y miró a Rainiero y le preguntó:

— ¿Te vienes tú también?

— ¡Sí, Rai!— exclamó Lía — ¡Vayamos juntos!

Rainiero sonrió y contestó:

— Bueno, supongo que será divertido.

— Angélica, ¿por qué no te vas tú también con ellos?— propuso la madre.

— ¡Oh! ¡Bueno, si hay sitio, la verdad es que me encantaría!

— ¡Claro! ¡Cómo no!— respondió José María, bastante aturdido.

Aurora estaba muerta de risa por dentro, pero se mordió los labios para que no se notara. Sin embargo, miró a Izan y éste parecía también estar divirtiéndose, mas no se apuntó.

La muchacha esperó y esperó a que lo hiciera, pero al ver que su espera era inútil, se sintió defraudada.

Por fin llegó el padre. Saludó también en general, pero detuvo su mirada, especialmente en Izan. Aurora se dio cuenta de que el joven se acercó a él y le estuvo hablando, mientras su padre le contestaba con cierta seriedad. Aunque a la muchacha le pareció que era una seriedad forzada, porque el rostro del padre fue dulcificándose paulatinamente y su hijo le sonreía todo el tiempo.

Tras unos minutos, el padre hizo una seña a su mujer y ésta pidió a todos que pasaran al comedor de verano.

Luego, durante la comida, los asientos estuvieron dispuestos de tal manera que Aurora no cayó al lado de Izan, por lo que no pudo hablar con él.

Cuando terminaron de comer, la sobremesa la pasaron en un jardín al que daba el comedor y allí tomaron el café. Pero José María se pegó de tal manera a Aurora, que tampoco hubo oportunidad de hablar con Izan.

Finalmente, cuando regresaban a casa de Lía, Aurora iba bastante desanimada. Prácticamente, no había podido estar ni dos minutos a solas con Izan, para hablar de sus cosas.

Por la noche, ella estaba sentada en el porche, viendo las estrellas, recordando la noche anterior, y entonces Rainiero salió. Aurora lo miró y éste le sonrió y luego se sentó también.

— ¡Hace una bonita noche!— dijo él.

— Sí. Es verdad— contestó ella.

Los dos se quedaron en silencio, hasta que él le dijo:

— No te hacía mucha gracia la excursión del yate, ¿verdad?

Ella lo miró sorprendida.

— ¡Sí, claro! ¡Tiene que ser divertido!— dijo.

— Ya.—contestó él, mostrando su poco convencimiento — Pero quizás te habría gustado más que en vez de José María, te hubiese invitado… otra persona.

Aurora volvió a sorprenderse y sintiéndose pillada, no contestó.

— Bueno, no te apures—dijo Rainiero — Será divertido de todas formas, ya verás. Además, aún os quedan muchos días…

La joven lo miró y le sonrió con timidez.

— Sé que le gustas. — dijo Rainiero — No me lo ha dicho, pero lo conozco. Lo supe la primera vez que me preguntó por ti. Pero Izan… es diferente. No le gusta hacer lo que hacemos los demás. Él busca algo que el mundo, tal y como es, no puede darle. En el fondo, creo que es un ser especial… superior a mí y a muchos de nosotros.

— Todos somos seres especiales. —dijo, por fin la muchacha — Y ahora mismo, me acabo de hacer consciente de que tú también lo eres. Te confieso que durante bastante tiempo he tenido muchos prejuicios contra ti. Sólo porque tenías dinero y nada más que por eso. Me he dejado llevar tanto por esos prejuicios, que veía en ti defectos que, en realidad, eran el reflejo de los míos. En estos días en que hemos podido convivir un poco más, he ido dándome cuenta de que no eras como yo creía, pero acabo de comprender que no te conocía, y ahora estoy empezando a conocerte un poquito. Y también creo que Lía ha elegido un buen esposo.

Rainiero se rio.

— Sí, ya me había parecido que no te caía muy bien. Pero ten cuidado, porque tampoco soy tan bueno. Recuerda que soy abogado.

Aurora se rio y él también se rio complacido.

Aquella noche, cuando Aurora se acostó, aunque sentía cierta frustración porque Izan no iba a la excursión del día siguiente, también se sentía contenta por la conversación con Rainiero.

Capítulo 16
Un paseo en yate

Llegó el día siguiente, y todos partieron en el yate de José María. Se llevaron comida y bebidas para pasar el día entero.

A pesar de la ausencia de Izan, Aurora disfrutó mucho de la navegación. Se mantuvo todo el tiempo en cubierta mirando el mar, y dejando que el viento le diera en la cara.

Angélica se acercó a ella y le dijo:

— Es una excursión muy agradable, ¿verdad?

— Sí. Ya lo creo.

— ¿Habías montado en barco antes?

— No. Nunca. Por eso, me está gustando más.

Angélica sonrió.

José María se acercó a ellas y les dijo:

— El piloto nos puede llevar a donde queramos. Aurora, ¿te gustaría ir a algún sitio en particular?

— No sé. No conozco ninguna de estas playas. De todas maneras, el mar abierto me gusta mucho. Ojalá podamos ver delfines.

— Seguro que sí. — dijo Jose María — Por aquí se ven a menudo.

— ¿De veras? ¡Qué bien! ¡Eso sí que me gustaría!

El joven sonrió.

— Angélica, ¿no te apetece tomar algo del bar?— le dijo José María.

Su prima lo miró y tras unos segundos comprendió la indirecta y respondió:

— ¡Oh! ¡Sí, claro! ¡Veré si hay limonada!

— El barman te dará lo que te apetezca—. Le dijo José María

La muchacha asintió y se fue, dejando a Aurora con José María.

— Bueno, por fin solos. —dijo él.

Y ella pensó: "¡Ay, ay, ay! ¿Y ahora qué excusa me puedo inventar para espantarlo?".

— Dime, ¿te lo estás pasando bien?— le preguntó él, aproximándose un poco más a ella.

— Sí. Esto es muy bonito—respondió Aurora, apartándose suavemente de él — Gracias por invitarme.

El joven sonrió satisfecho.

— Me hubiera gustado más que hubiésemos venido los dos solos, para conocernos un poco mejor. —declaró, volviendo a acercarse a la muchacha.

— ¡Bah! ¡Seguramente te habrías aburrido conmigo!— contestó ella, dando otro paso para alejarse más de él.

— ¡No lo creo! — respondió él, arrimándose una vez más a la joven.

Aurora pensó: "Parece que no se entera.".

— Pues yo creo que sí—dijo ella, separándose de nuevo, y buscando con la mirada a su prima — Por cierto, ¿dónde está Lía?

— Estará por ahí. No te preocupes. —dijo él.

Aurora suspiró mientras pensaba: "¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!".

En ese momento, el yate sobrepasó el extremo de la bahía, y ante la vista de Aurora apareció la isla. La joven se quedó mirándola sorprendida, y pensó: "¡Ya no me acordaba de la isla!".

Él se dio cuenta y miró en dirección a la isla y dijo:

— ¡Ah! Ésa es una isla desierta. Sin ninguna importancia.

Aurora le miró y le preguntó:

— ¿Podríamos ir allí?

— ¿Allí? ¿Para qué? Ya te he dicho que es una isla desierta. No hay nada allí. Además es inaccesible. Sólo hay acantilados. Y la montaña siempre está rodeada de nubes. No creo que haya ni vegetación, ni animales.

— Pero tal vez podríamos dar una vuelta por los alrededores. Si no te importa, claro.

El joven la miró extrañado.

— Está bien—dijo — Se lo diré al piloto.

Y se fue para hablar con él.

Aurora se quedó mirando la isla para ver si se correspondía también desde cerca con sus sueños.

Lía y Rainiero se acercaron hasta ella.

— Dice José María que te apetecía dar una vuelta alrededor de la isla. —dijo Lía.

— Sí. No os importa, ¿verdad?.

— No, claro que no.

La embarcación se acercó hasta la isla y empezó a rodearla. Todos los pasajeros se quedaron mirándola, mientras comentaban lo impresionantes que eran los acantilados, y el misterio que le daba el hecho de que no lograran ver la cima de la montaña a causa de las nubes.

No obstante, al llegar a la parte de atrás de la isla, divisaron una playa. Todos se quedaron asombrados porque no lo sabían. Claro, todos menos Aurora que ya la conocía de sus sueños.

— ¡Desembarquemos!— propuso Alex.

Los demás mostraron estar de acuerdo.

Así que el yate se arrimó lo más que pudo y echaron al mar una pequeña lancha auxiliar. Y en dos viajes, llegaron todos a la playa.

Luego se pusieron a explorar el lugar, pero ciertamente acabaron pronto, porque la playa no era muy grande.

Sin embargo, Aurora intentó buscar el lugar donde, según sus sueños, estaba la cueva del minotauro. Pero allí no había nada, salvo rocas y arbustos densamente poblados.

Después decidieron comer allí y tras una corta sobremesa, emprendieron de nuevo la excursión.

El resto de la tarde, se adentraron un poco más en el mar y tuvieron la oportunidad de ver algunos delfines, calderones, orcas y otras especies marinas. Lo cual divirtió bastante a todos.

Cuando por fin llegaron a casa, las tres primas estaban rendidas, pero contentas. Y Rainiero se sonreía al verlas.

Capítulo 17
De nuevo en la isla

Al día siguiente, Aurora esperaba que Izan la llamaría durante la mañana para quedar por la tarde, como los días anteriores.

Pero éste no la llamó.

Lía se dio cuenta y le dijo:

— Seguro que debe de estar muy liado con cosas del colegio. Ya sabes que a los profesores les dan las vacaciones más tarde que a los alumnos.

— Sí. Es verdad. Pero también es razonable que él tiene su vida y porque hayamos quedado algún día no tiene por qué verse comprometido conmigo. No pasa nada, Lía. Al fin y al cabo yo he venido a verte a ti.

Lía sonrió.

— Bueno, pues venga. Vamos un rato a la playa, antes de comer.—propuso.

Las dos se marcharon a darse un pequeño chapuzón.

Pero a la hora de comer, Aurora se llevó una grata sorpresa, pues Rainiero vino acompañado de Izan. Y la joven se sintió muy contenta por ello.

Durante la comida, Lía y Araceli le estuvieron contando a Izan la excursión del día anterior. Y por supuesto, que habían desembarcado en la isla.

Aurora observaba silenciosa los gestos de Izan, pero éste las escuchaba sonriente y con mucha tranquilidad. Aunque en un momento dado, él la miró a ella y se quedó así algunos segundos. Pero Aurora no pudo sostener su mirada, pues sintió como si él la estuviera regañando de aquella forma, y bajó sus ojos.

Luego, cuando terminaron de comer, estuvieron un ratito de sobremesa y después Izan le propuso a Aurora dar otro paseo. Y ella aceptó, claro está.

Cuando se vieron a solas, él le dijo en un tono juguetón:

— ¡Qué traviesilla eres! ¡Así que los llevaste hasta la isla!

Ella se asombró al principio, pero luego sonrió.

— Bueno, — contestó ella — reconozco que no pude vencer la tentación de ver la isla de cerca.

— Ya veo. ¿Y qué? ¿Cuál es tu conclusión?.

— Es igual que en mis sueños, sin duda. Salvo la cueva, claro.

— ¡Vaya! ¡Con lo emocionante que hubiera sido que de repente hubiera salido ante todos el minotauro!— exclamó el joven.

Aurora se rio.

— Pero en definitiva, — dijo él — ¿te quedaste satisfecha con tu investigación?

— Pues… no sé. Supongo que… indudablemente aquello era como en el sueño, pero, creo que esperaba algo diferente… Aunque no sé muy bien cómo explicarte. La verdad es que quizás he idealizado esa isla y por eso esperaba algo… mágico… En fin…, debes de pensar que soy una tonta, ¿verdad?

— No. No pienso nada de eso. —respondió él, reflexivo.

Ella suspiró.

— Aurora, ¿te apetece que esta tarde demos el paseo en el mar?

— ¿En el mar? ¿Te refieres a dar un paseo por la playa?

— No, me refiero a navegar de nuevo. En realidad lo que te quiero decir es que si quieres que vayamos juntos a la isla.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

— ¿A la isla? ¿Juntos?.

— Sí, eso es.

— ¡Claro que sí quiero!

Izan se rio.

— Bueno, pues entonces, vámonos ya. —dijo él.

Los dos se montaron en el coche y se dirigieron hasta una pequeña cala situada al otro lado de la bahía y justo frente a la isla. Allí, Izan habló con un hombre, luego entraron en su oficina y unos minutos más tarde salió con unas llaves en su mano.

Entonces él fue hasta el maletero del coche, sacó una pequeña mochila, y después se dirigieron hasta una lancha motora, e Izan ayudó a Aurora a subirse.

— Izan, ¿sabes conducir esto?

— Sí. Aprendí hace tiempo.

Aurora sonrió y él arrancó.

La lancha era bastante rápida y en una media hora llegaron a la isla.

Aurora estaba muy entusiasmada.

Izan llevó la lancha hasta la playa y allí desembarcaron.

— ¡Bueno! ¡Pues ya estamos aquí otra vez!— exclamó él.

— ¡Claro, que tonta soy! ¡Tú has debido de venir otras veces!

Él le sonrió. Luego le cogió la mano y, echando a andar, le dijo:

— ¡Ven! ¡Vamos a buscar la cueva de la fiera!

Aurora se dejó hacer, y lo siguió en silencio.

Cuando llegaron a la altura de donde se suponía que estaba la cueva, Izan, sin soltarle la mano, le dijo:

— Vamos a entrar por aquí.

Y entonces, como por encanto, empezó a meterse por entre los arbustos, por un camino secreto y disimulado, y llegó hasta la cueva.

Aurora estaba atónita.

— ¡Entonces sí existe la cueva!— exclamó.

Él la miró sonriendo.

— Pero Izan, ¿qué hay en la cueva? ¡No irá a salir un minotauro de verdad!

— ¿Tú no le clavaste la espada en el corazón?

— Sí. Sí lo hice.

— Entonces, ya no puede estar. No el minotauro de tus sueños. Pero recuerda que eso era simbólico. Lo importante es el minotauro de tu interior, tu propio Ego.

— Sí. No lo he olvidado. Pero tengo una duda, si yo no lo hubiera matado, ¿qué habría pasado ahora?

— Nada. No habría pasado nada, porque ahora no estarías aquí.

— ¿No estaría aquí? ¿Quieres decir que tú no me habrías traído?

— No. No te habría traído.

— ¡Vaya! ¡Qué sincero eres!

Él sonrió.

— La idea que tendrías de esta isla es la que te has llevado esta mañana. Eso es todo. Pero lo importante es que sí lo mataste, que sí quieres hacer ese trabajo, y por eso puedes seguir aprendiendo más cosas. ¿No lo ves?

— Sí, sí, te entiendo.

— Bueno, entonces, ¿estás lista para entrar?

Ella lo miró con cierta aprensión. Pero al ver que él estaba muy tranquilo, le contestó:

— Está bien.

Izan abrió la mochila y sacó dos linternas. Le dio una a ella y le dijo:

— Vamos.

Y comenzó a entrar por la cueva y Aurora lo siguió. Pero conforme iban penetrando en el interior, y a pesar de las linternas, la oscuridad logró impresionar a la muchacha. Así que acercándose más al joven, se agarró a su mano con fuerza. Éste se volvió y le sonrió y también le apretó la mano y le dijo:

— No tengas miedo, Aurora. Más bien, vigila si hay algún minotauro en tu interior que trata de vencerte.

Aurora se dio cuenta de que era cierto y aplicó el trabajo psicológico que ya conocía.

Capítulo 18
Al otro lado de la cueva

Los jóvenes marcharon a través de la cueva, y poco después el camino comenzó a ascender suavemente durante un rato más, hasta que vislumbraron algo de luz al fondo. Ellos continuaron y poco después, ya salían al exterior.

Aurora se llevó una gran sorpresa porque el paisaje consistía en un bello bosque, muy verde, y en el que, a través de los huecos que había entre los árboles, entraban los rayos de sol y se podía ver el cielo azul, sin ninguna nube.

— ¡Izan! ¡Qué bonito es esto!

Él sonrió.

— Te gusta, ¿eh?

— Sí. Es precioso… Pero, ¿dónde estamos? ¿Es acaso esto un valle oculto en el centro de la montaña?

— ¡Eso es! ¡Eres muy lista!— dijo él — ¡Lo has comprendido enseguida!

Ella sonrió y luego dijo:

— Pero lo que me asombra es que desde aquí se ve el cielo completamente despejado, mientras de que desde el otro lado se ve lleno de densas nubes bajas.

— Es cierto. Pero es que aquí existe un microclima.

— ¡Ah! Ya comprendo… Pero esto no lo conoce mucha gente, ¿verdad?— dedujo ella.

— No. No lo conoce mucha gente. Cuento con que tú sabrás guardar el secreto.

— ¡Claro que sí!— exclamó Aurora.

Izan asintió sonriéndole y mirándola con ternura.

— ¡Bueno! ¿Y ahora qué?— dijo ella — ¿Exploramos el lugar?

El joven se rio y contestó:

— Sí. ¡Vamos a explorarlo!

Y se pusieron a caminar. En el bosque, encontraron gran variedad de árboles: pinos, cedros, hayas, olmos y enebros, así como gran cantidad de plantas aromáticas, como mejorana, espliego, tomillo, orégano y bellas flores de muy distintos colores.

Por todos lados, les rodeaban mariposas, libélulas, saltamontes que saltaban a cada uno de sus pasos, y miles de pequeños insectos de todos los colores y formas. También lograron ver algunas ardillas y a lo lejos divisaron varios ciervos y una liebre, así como una enorme variedad de aves con maravillosos cantos.

— ¡Oh, Izan! ¡Me parece increíble todo esto! ¡Y todo aquí, en esta isla que muchos creen que está desierta! ¡Y en realidad es como un pequeño paraíso!

El joven sonreía contento de las palabras de la muchacha.

Continuaron caminando en silencio, escuchando los sonidos del bosque y respirando aquel aire tan puro y vivificador. Hasta que llegaron a un lugar en el que la vegetación parecía terminar. Salieron del bosque y encontraron un valle en el que a un lado se veía que continuaba la montaña rocosa, pero no como una pared, tal y como se veía la montaña desde el exterior, sino en una ascensión paulatina. Y al otro lado, se encontraba un bellísimo lago de aguas cristalinas.

La muchacha observó con detenimiento el lugar y sintió una extraña sensación.

El joven la miró y ella también lo miró a él.

— ¿Qué es este lugar?— preguntó la joven — Es extrañamente hermoso.

Él le sonrió y le contestó:

— Estoy de acuerdo contigo.

Aurora se sonrió y le dijo:

— Pero tú sí lo sabes.

— Tal vez.

— Pero por lo visto no me lo vas a decir. — dijo ella, mirando al joven.

— No. Pero cuando llegue el momento apropiado, tú lo sabrás por ti misma.

— ¡Izan!— protestó ella — ¡Siempre estás así! ¡Me das las cosas a migajas! ¡No seas tan enigmático!

El joven se rio y le dijo:

— ¡Bueno, por hoy es suficiente! En otro momento ya se verá qué más podemos descubrir. Vamos a regresar antes de que se nos haga de noche.

— ¡Izan!— exclamó Aurora.

Él continuó riéndose y comenzó a regresar, marchando de nuevo en dirección al bosque.

Aurora le siguió, protestando.

— ¡Yo no entiendo por qué me traes hasta aquí y luego me dejas con el misterio!

Pero él no respondía, y seguía andando, cada vez más deprisa.

— ¡Al menos me podías decir de dónde sale la luz!— continuó ella, acelerando también el paso.

Nada. El joven no emitió ninguna palabra.

— ¡Bueno, vale!— dijo ella, vencida — ¡Pero no corras tanto, que yo llevo sandalias y me cuesta andar deprisa!

En ese momento, al pasar por entre unos arbustos, a la muchacha se le enganchó la camiseta y tuvo que pararse para poder liberarse. Pero al darse la vuelta para continuar su camino, vio que Izan había desaparecido.

La joven sintió que se le aceleraba el corazón y empezó a llamarlo. Pero él no dio señales de vida. Comenzó a andar poco a poco, intentando reconocer los lugares por los que había pasado, pero todos los árboles le parecían iguales, pues no había ninguna senda, ni siquiera señales de que alguien hubiera pasado por allí. Llamó de nuevo al joven, pero no obtuvo respuesta.

"¡Oh, Dios mío! ¿Qué puedo hacer?", se dijo, parándose.

Volvió a llamar a Izan. Y no sirvió de nada. La muchacha se vio completamente perdida. Desde allí, ya no podía saber si la cueva estaba hacia un lado u otro, pues el bosque estaba muy poblado.

Estaba a punto de ponerse a llorar, desesperada, hasta que algo en su interior le trajo el recuerdo de sí misma. Entonces se dijo: "En fin, no me sirve de nada desesperarme y llorar. Quizás sea mejor observar "el minotauro" del miedo y el de la desesperación que están dentro de mí, y al menos algo sacaré de conciencia de todo esto". Y viendo dentro de sí misma un "yo" de miedo, y otro de desconfianza, aplicó, una vez más el trabajo psicológico de muerte en marcha y se sintió mucho más tranquila.

De repente, en ese momento escuchó un extraño sonido y vio cómo un rayo de luz que provenía del cielo pasaba por el bosque y se movía en una dirección.

La muchacha se quedó asombrada y exclamó en voz alta:

— ¡Es la luz de la isla!

— ¡Así es!— contestó Izan, detrás de ella.

Aurora se dio la vuelta y al ver al joven, sin razonamientos de ningún tipo, se abrazó a él.

— ¡Izan!— exclamó.

Él sonrió y también la abrazó, diciéndole:

— Perdóname, Aurora. Perdóname por dejarte creer que estabas sola. Pero lo has hecho muy bien y has sido muy valiente. Por eso, ahora vas a saber por ti misma, qué es la luz de la isla.

Ella se separó de él y le miró con los ojos húmedos, de la emoción.

— ¿De verdad?

— Sí. De verdad. —contestó Izan, cogiéndole una mano y tirando de ella — ¡Venga, vamos!

Y comenzaron a correr en dirección hacia el valle de antes.

Cuando llegaron, Aurora comprendió por fin de dónde venía la luz de la isla.

Asombrada, vio como una enorme nave extraterrestre estaba descendiendo lentamente al borde de la montaña.

La muchacha se pegó totalmente a su compañero y éste le pasó el brazo por encima de los hombros.

— No temas Aurora. — le dijo él— Son seres despiertos y son amigos.

Capítulo 19
Seres de otra galaxia

Instantes después la nave desplegó una salida, y por ella descendieron tres tripulantes: dos hombres y una mujer.

Éstos eran iguales a los seres humanos, aunque su piel era rosada, y tenían el cabello largo y plateado. Llevaban unos originales uniformes, y un insólito cinturón que resplandecía.

Los tres se acercaron hasta los jóvenes.

— ¡Saludos!— dijo en perfecto español, el que parecía ser el capitán.

— ¡Saludos!— contestó Izan.

Aurora, que continuaba asombrada, repitió:

— ¡Saludos!

Los tres tripulantes, sonrieron.

— Ella es Aurora. — presentó Izan.

— Lo sabemos. —respondió la mujer.

— Esperábamos encontrarte aquí. —dijo el capitán, dirigiéndose a Aurora.

La joven se sorprendió por ello y preguntó:

— ¿Cómo puede ser? ¿Ustedes me conocen?

— ¡Claro!— respondió el capitán — En el mundo de las causas naturales, todos formamos parte de una unidad, y sabemos de forma natural lo que ocurre, aquí o allí, a unos seres o a otros.

— ¿Y qué mundo es ése?— inquirió la joven.

— Es el mundo de la Conciencia.

— Pero… ¿la conciencia no está aquí, dentro de cada uno de nosotros?

— Los diferentes mundos, las diferentes dimensiones se compenetran unas con otras y están aquí y ahora, pero desafortunadamente, la mayoría de los humanos tenéis la conciencia tan dormida que no sois capaces de captar nada más que el mundo físico. Para alguien despierto, las demás dimensiones no son ninguna teoría, ni ningún misterio, puesto que las capta por completo, en todo momento.

— ¡Oh! ¡Comprendo!— exclamó Aurora.

Izan sonrió.

— ¿Y de qué planeta son ustedes?— preguntó la joven.

— Venimos de otra galaxia. El nombre de nuestro planeta te resultaría imposible entenderlo, pues nosotros usamos sonidos que no podríais oír, pues vuestro cerebro no puede captarlos.

— ¿Y cuánto tiempo llevan viajando para llegar hasta aquí? —inquirió Aurora.

— Nuestras naves pueden viajar a velocidades que a los humanos os asombrarían, e incluso no nos creeríais, si os los dijésemos.

— Pero entonces, ¿no sois enemigos de los habitantes de la Tierra? ¿No deseáis hacernos mal? —preguntó la joven.

— Todo lo contrario. Nuestra intención es ayudaros.

— ¿Ayudarnos? —exclamó Aurora — ¿A qué? ¿A despertar?

— Ésa sería nuestra mayor alegría. — contestó el capitán — El estado de sueño de los humanos de la Tierra, como tú bien estás aprendiendo, es debido al poder que ha cogido el Ego en la mayoría de vosotros. Las guerras, las injusticias sociales, el

hambre, la avaricia, la perversidad… todo eso y todo el mal de este mundo son debidos al robustecimiento desmesurado del Ego. Los humanos terrícolas están perjudicándose entre unos y otros, y haciendo daño también a los otros habitantes del planeta y al planeta mismo. Todo esto es consecuencia de una conciencia demasiado dormida. Tanto, que no es consciente de que está dormida.

Aurora se quedó reflexionando y luego dijo:

— Sí. Es cierto. Pero, ¿cómo vais a ayudarnos?

— Es importante que los terrícolas cambien, y despierten antes de que sea demasiado tarde—respondió la mujer.

— ¿Antes de que sea demasiado tarde?— repitió Aurora — ¿Qué significa eso?

— Venid mañana y hablaremos de ello. Ahora es tarde para vosotros y se os va a hacer de noche. —dijo el capitán.

— ¡Oh!— exclamó la joven — ¡Bueno, está bien!— y mirando a Izan le dijo— ¿Podremos venir mañana?—

— ¡Claro!— respondió él.

— ¡Sí!— dijo la joven, muy entusiasmada — ¡Vendremos mañana!

Los extraterrestres sonrieron y luego se despidieron y volvieron a su nave.

Momentos después despegó, y al llegar a cierta altura salió con una rapidez tal, que parecía haberse vuelto invisible.

Aurora se quedó mirando el cielo un poco más, e Izan le dijo:

— Bueno, será mejor que volvamos.

— Sí—contestó ella, dócilmente.

Mientras marchaban, él le preguntó:

— Bueno, ¿qué te ha parecido la experiencia?

La muchacha exclamó:

— ¡Ha sido lo más increíble que he vivido nunca!

Él se rio.

— ¿Sabes?— dijo — Me encanta esa carita que pones cuando estás asombrada.

Ella se sonrió.

— Izan, muchas gracias por compartir esto conmigo. Pero dime, ¿hace mucho tiempo que descubriste a esos amigos extraterrestres?.

— Pues no hace mucho, no. Y más o menos di los pasos que tú has ido dando. También vine a la isla para investigar de dónde provenía la luz. Y la cueva la encontré, más bien por intuición. Y a esos amigos extraterrestres, como tú dices, ésta es la segunda vez que los veo. La primera vez, estaba bastante impresionado, pero no sentí miedo, pues siempre he creído que las historias de la supuesta maldad de los extraterrestres que se empeñan en mostrarnos en las películas, era algo absurdo y sin sentido.

— Sí, es verdad—contestó la muchacha — La gente, o bien no cree que haya habitantes en otros planetas, o bien se piensan que son monstruos con cuerpos horribles, o bien están convencidos de que son unos malvados que quieren invadirnos para quedarse con la Tierra.

Izan asintió.

— Pero hablando de la luz, — dijo Aurora — ¿Entonces era la nave extraterrestre la que emitía la luz?

— Eso es. Es la luz de la isla del mundo físico.

— ¿Pero por qué se veía encima de la montaña?

— Porque allí arriba también aparcan a veces. Y la luz es una llamada. Pero parece ser que muy poca gente se ha fijado en ella. Y la que se ha dado cuenta, no le ha dado importancia.

— ¿Pero, por qué?

— Porque la mayoría de la gente ha perdido la capacidad de asombro. Nosotros nos hemos dado cuenta, yo creo que porque antes la habíamos visto en sueños, y eso nos resultaba extraño.

— ¿Por eso me decías el otro día que los sueños que habíamos tenido tenían dos simbolismos, uno interior y otro exterior?

— Exactamente.

— ¡Oh! ¡Vaya!— exclamó asombrada — ¡Todo cuadra!

Izan se rio.

Aurora se dio cuenta de que se reía por su gesto de asombro y sonrió.

Enseguida llegaron hasta la cueva. La atravesaron y después salieron a la playa, subieron a la lancha y regresaron a casa.

— ¿Quedamos mañana?— le dijo Izan a la joven.

— ¡Vale! ¿Cómo los días anteriores?

— Como quieras. ¿Entonces a las cinco?

— Sí. A las cinco. —respondió ella, muy contenta.

Capítulo 20
Una aventura extraordinaria

Acontecimientos tan sorprendentes no podían dejar indiferente a la joven protagonista de esta historia. Y a pesar de que tuvo que aguantarse las ganas de contar todo lo ocurrido a Lía y a los demás, al acostarse su mente le traía una y otra vez las imágenes de la nave extraterrestre y de sus tripulantes. Pero finalmente, fue quedándose dormida.

Entonces escuchó que Izan la llamaba y ella abrió los ojos. Y como volvió a escuchar que el joven la llamaba, se levantó rápidamente y se dirigió a la ventana para mirar al exterior.

Al asomarse, vio que él estaba en el jardín, buscándola con la mirada.

— ¡Izan!— exclamó ella procurando hablar en voz baja — ¡Vas a despertar a todos! ¿Qué pasa?

Cuando él la vio, sonrió y le dijo:

— ¿Te vienes?

— ¿A dónde?— preguntó ella, extrañada por la propuesta.

— A la isla. — respondió él.

— ¿A la isla?— repitió ella, extrañada — ¿A estas horas?

— ¿Tienes algún plan mejor?— le dijo el joven, riéndose.

Aurora sonrió y le respondió en un tono de simpática ironía:

— ¿Qué tal dormir y descansar? ¡Lo digo sólo por la hora, porque ya es más de medianoche!

Él se rio, divertido.

— ¡Pero tonta!, ¿todavía no te has dado cuenta?

— ¿De qué tengo que darme cuenta?

Entonces él dio un salto y se fue volando hasta la ventana de Aurora. La muchacha lo miró estupefacta, y el joven se rio.

— ¡Me encanta! ¡Me encanta!— dijo él, al ver la cara de ella.

Pero enseguida ella comprendió lo que ocurría.

— ¡Estamos soñando!— exclamó.

— Corrijo, —rebatió él— no estamos soñando, estamos fuera del cuerpo físico. —contestó él.

— ¿Cómo?

— Mira tu cama y verás. —le dijo él.

La joven obedeció, y al girarse para ver su cama, vio su cuerpo físico plácidamente dormido.

— Pero… ¡¿entonces es esto lo que ocurre mientras dormimos?!— exclamó la muchacha asombrada.

— ¡Claro! Los sueños que has tenido en la isla no eran simples sueños. Se trataban de experiencias fuera del cuerpo físico. —le dijo él.

— ¡Oh, vaya! ¡Yo pensaba que eran cosas de la mente, mientras dormía!

— No. Recuerda que tú no eres tu cuerpo. Tu cuerpo es sólo un vehículo para moverte en la tercera dimensión, pero tú eres en realidad la conciencia. Parte de ti está atrapada por el Ego, pero también parte de ti está libre. Es ese porcentaje del que te

hablé, gracias al cual puedes hacer el trabajo psicológico para liberar el resto de conciencia que tienes atrapada, ¿comprendes?

— Sí, ya veo. ¿Y entonces qué dimensión es ésta?

— Estamos en la quinta dimensión también conocida como mundo astral.

— ¡Oh!— exclamó ella.

Él sonrió, mientras la miraba con ternura.

— Bueno, ¿entonces te vienes o qué?— preguntó el joven.

— Sí, claro. —respondió ella, entusiasmada — ¿Vamos a ir volando?

— ¡Por supuesto! ¡Es lo más rápido!— contestó él, riéndose.

— ¡De acuerdo!— exclamó Aurora, nerviosa pero contenta.

La joven se salió por la ventana y se fue volando con su compañero.

— ¡Qué maravilla es poder volar en esta dimensión!— comentó ella, mientras iban hacia la isla.

— ¡Sí, es cierto!— contestó él.

— Tengo una pregunta, Izan— dijo ella — ¿qué es lo que pasa el resto de las noches que no nos salimos del cuerpo?

— ¡Todas las noches, todos nos salimos del cuerpo, mientras éste está dormido!— respondió él — La diferencia es que normalmente no eres consciente de ello, a causa del sueño de la conciencia atrapada por los "yoes", los cuales proyectan lo que llamamos "sueños". Éstos suelen ser acerca de cosas que vives durante el día, o bien acerca de deseos no cumplidos o de miedos, etc., según el "yo que en cada momento esté proyectando, por lo que al ir cambiando de "yoes" a lo largo de la noche, la mayor parte de las veces son sueños incoherentes que van pasando de unas cosas a otras y sin ningún hilo conductor.

— ¡Ah! ¡Ya comprendo!— respondió ella — Pero ¿y qué podemos hacer para que siempre seamos conscientes durante ese proceso?

— Despertar. Trabajar psicológicamente con las técnicas, que ya te expliqué, durante el día, y así se verán también los resultados en la noche. Ya sabes: recordarse a sí mismo de instante en instante mientras uno autoobserva todos sus procesos psicológicos: la forma de pensar, la forma de sentir, sus hábitos, etc. Y trabajando con la muerte en marcha cada "yo" que logremos descubrir. Así, uno va muriendo psicológicamente de momento en momento y rescatando conciencia atrapada. Y de esta manera, a más conciencia, más despiertos estaremos también por la noche mientras nuestro cuerpo físico duerme y se repara del día.

Aurora asintió en señal de comprender lo que su amigo le explicaba.

Enseguida tuvieron la isla a la vista, y poco después llegaban hasta la playa.

Luego se dirigieron hacia la cueva del minotauro. Pero esta vez, el monstruo ya no apareció.

Los jóvenes atravesaron la cueva con mucha más rapidez que cuando lo hicieron la tarde anterior, y en unos instantes volvían a ver el bosque. Lo atravesaron en dirección hacia el valle y pronto llegaron.

En el valle no había nadie, pero Aurora se sorprendió al ver que la luz se veía en lo alto de la montaña cuya subida continuaba en el mismo valle. Entonces decidieron subir y se echaron a volar.

Cuando llegaron, Aurora se quedó, una vez más, asombrada: en lo alto de la montaña se encontraba un edificio bellísimo de paredes como de cristal.

— Es un templo. —le explicó Izan —Aquí se reúnen Maestros de conciencia totalmente despierta y enseñan a sus discípulos que estén ya en el camino del despertar.

— ¿Y tú has entrado alguna vez?— preguntó Aurora.

— No. Es la primera vez que lo veo. Yo lo sé porque la primera vez que vi a nuestros amigos extraterrestres, me explicaron que existían esos templos. Y me dijeron que no muy lejos de aquí había uno. Yo no caí en ese momento, pero esta noche, cuando me acosté, me vino esa idea y quise comprobarlo. Por eso decidí venir a la isla.

— ¡Y viniste a recogerme a mí!— dijo la joven, mirándole con simpatía — ¡Muchas gracias!

Él sonrió y dijo:

— Bueno, ¿qué te parece si entramos?

— ¡Me parece súperbien!

Él se rio y los dos se dirigieron hasta el templo. Pero al llegar a la entrada vieron un guardián. Éste se veía solemne.

— ¡Retiraos!— le dijo a los jóvenes.

Ellos se quedaron sorprendidos.

— ¿No podemos entrar?— preguntó Izan.

— Ninguno de los dos podéis entrar.—respondió el guardián.

— ¿Por qué?— preguntó Aurora.

— Aún tenéis demasiado Ego. —contestó el guardián —Ciertamente habéis comenzado un trabajo sobre vosotros mismos, pero todavía os hace falta trabajar más para adquirir el nivel suficiente para poder entrar en este templo. Estáis aún demasiado dormidos. Trabajad más intensamente y cuando estéis más despiertos, podréis entrar y aprender con los Maestros todos los misterios del Universo, de la vida y de la muerte—les recomendó el guardián.

— Bien, gracias—contestó Izan — Eso haremos.

— ¡Pues, vaya!— exclamó Aurora, con cierto fastidio.

Y en ese momento, sintió un tirón y se despertó.

Capítulo 21
Un acompañante inesperado

Aurora se despertó y no se movió en absoluto. Hacía tiempo que ella había aprendido que si no se movía nada, lograba recordar mejor los sueños.

Así estuvo recordando con detalle toda la experiencia que acababa de tener. Luego se dijo: *"¿Habrá sido todo verdad? ¿Cómo podría saberlo?"*.

La muchacha se levantó y se acercó a la ventana, mientras recordaba a su compañero. Luego sonrió y pensó: *"Definitivamente, nunca he conocido a nadie como él".*

Luego regresó a la cama e intentó dormirse manteniéndose consciente…

A la mañana siguiente, Aurora, Lía y Araceli se fueron hacia la mansión para reanudar sus clases de equitación, tal y como habían quedado la noche anterior.

Cuando estaban en los establos con Alex, apareció por allí Izan.

Aurora, se puso muy contenta y le preguntó:

— ¿Cómo tú por aquí, tan pronto?

El joven se rio y le contestó:

— ¡Ah! ¡Esto es por tu culpa!

— ¿Por mi culpa?— repitió ella extrañada — ¿Qué he hecho yo?

—Todo viene del otro día cuando me planteaste que a lo mejor tenía ciertos gimnasios psicológicos en la mansión, de los cuales yo no me había dado cuenta. Estuve reflexionando y decidí aprovechar ahora que estoy de vacaciones para venirme un par de semanas. Se lo dije a mi padre el día que comimos aquí y él aceptó. Bueno, tanto él como mi madre me han abierto sus brazos. ¡Por lo visto, ahora soy el hijo pródigo!— dijo riéndose.

Aurora sonrió.

— ¿Y por qué no me dijiste nada ayer?— preguntó.

—Pues no sé… Supongo que teníamos entre manos asuntos más interesantes, ¿no?

— Sí, claro. —asintió ella — Supongo que sí.

La joven se quedó pensando en el sueño de esa noche y se preguntó si él se acordaría de algo. Pero entonces Izan se acercó a ella y en voz baja le dijo:

— ¡Anoche te fuiste rápido!, ¿eh?

—¿Anoche?— dijo ella, creyendo que se refería al momento en que se despidieron en casa de Lía — No sé porque dices eso.

El joven se acercó más a ella y le dijo al oído:

— Se ve que no te sentó muy bien que el guardián no nos dejara entrar al templo.

Aurora lo miró asombrada: ¡Entonces todo era cierto! ¡Había sido una experiencia real!

Él sonrió y luego le dijo más retirado de ella, pero en voz baja:

— Llevaba razón. Aún tenemos que trabajar muchos detalles a los que no les damos importancia, pero que alimentan el Ego y nos duermen la conciencia.

— Sí—contestó ella, también en voz baja — Estoy arrepentida de haberme dejado llevar. Ahora me doy cuenta de que sentí rabia y también el amor propio herido, porque no nos dejó entrar. Y eso hizo que se acabara toda esa maravillosa

experiencia. Es cierto, llevaba razón, y, al menos yo, todavía no estoy preparada para entrar en uno de esos templos.

Izan le sonrió y le dijo:

— Bueno, pero ésa también es una lección. Aparentemente fue algo negativo, pero si ves el lado positivo y es que te hizo comprender por experiencia directa que lo que dijo el guardián era cierto, y eso es algo que te va a servir para este trabajo, ¿no?

— Sí. Es verdad—contestó ella.

— Bueno, y ahora, ¿montamos a caballo?— dijo él, en un tono de voz normal.

— ¿Tú también vas a montar?— pregunto ella, contenta.

— ¡Sí, claro! — respondió Izan — ¡Siempre me ha gustado montar! ¡Te presentaré a Sultán!

— ¿Sultán?

— ¡Sí! ¡Es mi amigo! ¡Verás!

Y se dirigió hacia un caballo negro reluciente.

— ¡Ven aquí, Sultán!— dijo Izan, acariciándolo con ternura. — Te voy a presentar a Aurora.

La joven se rio y le contestó:

— ¡Es precioso tu caballo!

— ¡Es mi amigo! ¿Verdad, Sultán?

— ¡Izan!— le llamó Alex — ¿Venís con nosotros?

— ¡Sí, claro! ¡Un momento!— respondió el joven — Aurora, ¿te ayudo a montar sobre tu caballo?

— ¡Vale, sí! ¡Todavía no sé hacerlo bien!

El joven la ayudó, y luego montó él sobre Sultán.

Y de esta manera, Aurora, Izan, Lía, Araceli y Alex, salieron a pasear con sus respectivos caballos.

Aurora se encontraba doblemente feliz: por el hecho de ir a caballo y también porque Izan estaba allí con ella.

Los cinco estuvieron recorriendo parte de las tierras del padre de los dos hermanos. En unas zonas pudieron ver toros y Alex les explicó algunas cosas sobre su crianza.

Aurora pensó: "¡Con lo bonitos que se ven los toros libres en el campo, no entiendo cómo a sus dueños no les da pena sacrificarlos en esas horribles corridas!".

— ¡A que sé lo que estás pensando!— le dijo Izan, sonriente.

Ella lo miró y le contestó:

— Izan, ¿a ti no te da pena que tu padre críe estos animales para que luego sean matados de esa manera tan brutal?

— A mí tampoco me gustan las corridas—contestó él— Pero te diré algo. Esas corridas son una reminiscencia de ciertas fiestas de sacrificio simbólico de antiguas civilizaciones atlantes. Y digo sacrificio simbólico porque lo que representaban era el trabajo con la muerte del Ego.

— ¿De veras? ¡Explícame!

— Por ejemplo, la plaza de toros, que por entonces también era circular, representaba un zodíaco viviente, con el público. Lógicamente el toro representaba al Ego. Luego tenemos a los picadores que son los que van sobre el caballo, y que representaban a los aprendices, los que están empezando el trabajo psicológico y aún cabalgan sobre la mente. Los banderilleros eran los compañeros, que ya habían

empezado a dominar algo a la bestia, al Ego, que ya tenían cierto trabajo hecho. Y después tenemos al torero o matador que simbolizaba al maestro, que ya había matado al Ego en su interior. Además, este maestro, o este torero antes de entrar a la plaza iba a rezar a la virgen, que simboliza a su Madre Divina, que es la que realmente le va a ayudar en la muerte del Ego. La espada del matador representaba la voluntad, y la capa, la sabiduría. Todo eso se hacía de una forma mucho menos brutal, según el arte de la tauromaquia clásica. Lo que queda ahora, es sólo un recuerdo externo, en el que el público ni conoce el sentido de ese arte, ni por supuesto eso le sirve para ayudarle a despertar, sino más bien, para dormirse más aún.

Aurora suspiró y dijo:

— ¡Vaya! ¡Cómo se pierde el sentido de las cosas!, ¿no?

Izan sonrió.

Luego vieron otra manada de caballos. Algunos pastaban tranquilamente y otros corrían libremente por allí.

Al ver a los caballos, Aurora recordó la escena del sueño que tuvo meses atrás en el que vio a Lía y a Rainiero rodeados de estiércol. Entonces se lo comentó a Izan y éste se rio:

— Bueno, no era nada malo en sí. El estiércol significaba el dinero, la riqueza material. No tiene ningún valor para la Conciencia y puede ser incluso un lastre si uno se identifica con el dinero o con el materialismo, olvidándose del trabajo psicológico. Pero aparte de eso, no significaba nada malo. No te preocupes por ellos. Rainiero y Lía están bien. Ellos se quieren y eso es lo importante.

La joven sonrió aliviada.

Después, continuaron un poco más el paseo y más tarde regresaron a la mansión.

— ¿Te recojo a las cinco?— le recordó Izan a la muchacha.

— ¡Sí!— respondió ella, muy contenta.

De vuelta a casa de Lía, ésta le preguntó a Aurora:

— Bueno, ¿te ha pedido ya que te cases con él?

Aurora se rio, mientras negaba con la cabeza.

Entonces Lía cuchicheó algo a Araceli y las dos se pusieron a tararear entre risillas la marcha nupcial de “Lohengrin de Richard Wagner”, y Aurora seguía riéndose.

Capítulo 22
Historia de la Tierra

A las cinco en punto, Izan estaba recogiendo a Aurora. Luego se montaron rápidamente en el coche y se marcharon en dirección al pequeño muelle en el que iban a coger la lancha para llegar a la isla.

— ¡Con lo rápido que se llega volando!— exclamó Aurora.

Él se rio.

— ¡Tranquila! ¡Tenemos tiempo!— le dijo.

Pero tardaron casi una hora en arribar a la isla.

Luego hicieron el camino que ya conocían, a través de la cueva y del bosque. Y por fin llegaron al valle. Allí se sentaron sobre unas piedras para esperar a la nave.

— Izan, tengo una curiosidad— dijo Aurora — ¿Si subimos allí arriba encontraremos el templo?

— No. Ese templo está en la quinta dimensión. No se puede ver desde la tercera dimensión. A no ser que fueras alguien con la conciencia despierta y entonces sí podrías captarlo con la clarividencia.

— ¡Ah, claro!

Momentos después, escucharon el suave sonido de la nave y ésta empezó a descender delante de ellos.

Aurora observó mucho más tranquila que el día anterior.

Finalmente, los tripulantes de la nave salieron al exterior, se acercaron hasta los jóvenes, los saludaron y se sentaron con ellos.

— ¿Por qué dijeron ayer que debíamos despertar antes de que fuese demasiado tarde?— preguntó Aurora, que no se había olvidado del tema.

— Debes saber, — empezó a decir el capitán de la nave — que en todos los planetas vienen a surgir siete grandes razas. No me refiero a razas de color, sino a humanidades enteras. En el caso de vuestro planeta, la primera raza llamada raza protoplasmática o polar, vivió en la Isla Sagrada situada en el casquete polar norte que por entonces estaba situado en la zona ecuatorial. Sus habitantes eran gigantes de naturaleza semifísica y semietérica, por lo que realmente podían dar el tamaño que quisieran a su cuerpo. Además se trataba de hombres despiertos y con gran sabiduría. Se dice que esa raza desapareció porque fueron tragados por los tigres de sabiduría. En la actualidad, la Isla Sagrada sigue existiendo, pero no es visible físicamente, pues está en la cuarta dimensión.

El capitán hizo una pausa y luego continuó el otro tripulante.

— Después vino la segunda raza: los hiperbóreos. Éstos vivieron en las tierras que rodean el polo norte actual. También era una raza de gigantes y con muchas facultades. Esta raza pereció por fuertes huracanes.

— Luego vino la raza lemur— continuó la mujer extraterrestre — La tercera raza vivió en lo que hoy es el océano Pacífico. Y también desapareció después de muchísimos años, por volcanes y terremotos.

—Tras la raza lemur, vino la raza atlante—intervino el capitán —La Atlántida estaba situada, en todo lo que ahora es el océano Atlántico. Fue una civilización muy poderosa e incluso mucho más adelantada científicamente de lo que lo está esta raza actual. La raza atlante también pereció y fue por el agua, es decir por inundaciones. Es

lo que muchos de vosotros conocéis mitológicamente por el diluvio universal. Por eso se encuentran de vez en cuando ruinas de grandes ciudades en el fondo de vuestros océanos. También se han descubierto en muchas partes de vuestro planeta esqueletos de gigantes.

Aurora e Izan escuchaban muy atentos.

— Ahora estáis viviendo en la quinta raza—continuó el otro tripulante — Es la raza aria, a la que a su vez pertenecen las siete subrazas que se han formado a lo largo del tiempo. La primera subraza se formó en la meseta central de Asia. La segunda, en la India. La tercera, en las tierras de Persia, Caldea y Egipto. La cuarta fueron los griegos y romanos. La quinta se desenvolvió en la Europa occidental. La sexta se formó por la mezcla de las razas autóctonas de América del sur con los españoles. Y la séptima se ha formado en los Estados Unidos de Norteamérica con la mezcla de todas las razas del mundo.

— Después de la raza aria habrá de venir la sexta gran raza: la raza coradí— dijo la mujer.

— Y por último vendrá la séptima raza. —concluyó el capitán.

— ¿Quiere decir que esta quinta raza también desaparecerá, al igual que las anteriores?— inquirió Aurora.

— Exactamente—respondió el capitán.

Los dos jóvenes se quedaron reflexivos.

— Bueno, pero no desaparecerá de la noche a la mañana, ¿no?— preguntó Izan.

— No, evidentemente, se trata de un proceso de años. —contestó el capitán.

— ¿Y cuantos años? ¿Cuánto dura una raza?— preguntó Aurora.

— Bien, de eso os hablaremos mañana—concluyó el capitán.

Aurora se quedó una vez más con la miel en la boca.

— ¡Está bien!— exclamó, con desilusión.

— La paciencia es una gran virtud—dijo el capitán. — Y también la constancia.

La muchacha asintió algo avergonzada, y el joven le cogió la mano, en señal de apoyo.

— Vendremos mañana. —dijo Izan.

— Bien. —respondió el capitán.

Luego los tres extraterrestres se despidieron y volvieron a la nave. Ésta despegó y desapareció tan rápidamente como el día anterior.

— Quizás parezca impaciente, —comentó Aurora— pero la verdad es que no entiendo por qué no nos pueden explicar más cosas de una vez.

Izan se rio.

— Sí, — contestó — ¡es verdad!, ¡ciertamente pareces impaciente!

Ella lo miró con cara de reproche, pero al verle reír, termino sonriendo y admitiendo que tenía razón.

— Oye, Izan, ¿crees que nos daría tiempo de subir la montaña para ver qué es lo que hay allí?

El joven calculó y contestó:

— Creo que no. Aún queda día, pero si subimos, nos arriesgamos a que se nos haga de noche aquí en la isla. ¡Claro que si a ti no te importa!... ¡Sólo espero que no haya fieras peligrosas!

La joven lo miró con cara de susto y él se rio.

— ¡Es broma, tonta!— exclamó — Pero aun así, creo que es mejor que regresemos ya, aunque sin prisas. Lo que podemos hacer, si quieres, es venirnos mañana más temprano.

— ¡Vale!— contestó ella, más contenta.

Y así, dando un paseo por el bosque y hablando acerca de las explicaciones de los extraterrestres, hicieron el camino de vuelta.

Cuando se despidieron en casa de Lía, quedaron para el día siguiente.

— ¿Qué te parece si nos hacemos unos bocadillos y nos vamos por la mañana a la isla?— propuso Aurora — Así podríamos ver lo que hay en la cima de la montaña.

Él joven sonrió.

— Está bien. Por mí, vale. —dijo.

— ¿A qué hora puedes recogerme?

— ¿A qué hora quieres?

Aurora sonrió.

— ¿A las diez, está bien? —dijo.

— A las diez está bien— contestó Izan.

Capítulo 23
Explicaciones sorprendentes

Y a las diez en punto de la mañana siguiente, Izan estaba en casa de Lía recogiendo a Aurora.

Los dos partieron muy entusiasmados hacia la isla. Y hacia las once y media llegaban al valle. Luego comenzaron la subida hacia la cima de la montaña.

No había un camino propiamente dicho, pero la ascensión, aunque lenta, era segura, pues no hacía falta escalar. Conforme iban subiendo iban charlando y bromeando entre ellos. Y finalmente, al cabo de casi dos horas llegaban a la cima.

Una vez allí arriba, Aurora pudo comprobar que ciertamente no se veía ni rastro de ningún edificio.

— Llevabas razón. Es un templo de la quinta dimensión. —dijo Aurora.

— Sí, pero la subida, creo que ha merecido la pena, porque fíjate qué vistas tenemos desde aquí.

La muchacha miró a su alrededor y exclamó:

— ¡Vaya! ¡Es precioso!

Desde allí podían ver el resto de la isla y también las costas del continente. Y por supuesto, el bosque y el lago de aguas cristalinas.

Allí mismo se sentaron, sacaron los bocadillos y se pusieron a comer. Luego estuvieron un rato charlando y después comenzaron el descenso.

Justo llegaban al valle, cuando apareció la nave.

Como las otras veces, el capitán, un hombre y una mujer descendieron y se sentaron con ellos para hablar.

— Me preguntabas ayer que cuánto dura una raza—dijo el capitán, dirigiéndose a Aurora — Pues bien, dura exactamente un año sideral.

— ¡Oh! ¿Y qué es un año sideral y cuánto dura?— inquirió ella.

— Es el tiempo que tarda vuestro sistema solar en dar la vuelta a todo el cinturón zodiacal. Vienen a ser unos 25.920 años terrestres.

— ¡Ah! ¡Bueno, eso es mucho tiempo!— comentó la joven.

— Sí. Son muchos años terrestres—respondió el capitán — Sin embargo, debéis saber que el año sideral de la quinta raza hace ya mucho tiempo que empezó.

Los jóvenes se quedaron callados.

— Un año terrestre es el tiempo que tarda en dar la vuelta la Tierra alrededor del sol—continuó el capitán — Y un año tiene sus cuatro estaciones: primavera, verano, otoño e invierno. Algo muy similar ocurre con el año sideral pero a gran escala, con otra medida del tiempo. El año sideral tiene sus cuatro estaciones. Pero en vez de estaciones se llaman edades. Son la edad de Oro, la de Plata, la de Cobre y la de Hierro. La edad de Oro es durante la primera época de la raza. Es una época de felicidad, paz auténtica, en el mundo no hay fronteras, todo es de todos, no existe el egoísmo, etc. En definitiva, reina el amor. Después llega la edad de plata, en la que ya empieza a haber los primeros signos del Ego, pero aun así, sigue habiendo paz y en cierta medida más o menos una cierta felicidad. Luego llega poco a poco la edad de cobre en la que el Ego ya surge con más fuerza y empiezan las fronteras, las guerras, el egoísmo, etc. Por último está la edad de hierro que es la edad más oscura, en la que el ego se ha robustecido de tal manera que la conciencia apenas tiene la posibilidad de manifestarse.

— ¿Estamos nosotros ahora en esa edad de hierro?— preguntó Izan.

— Así es. Se la conoce también como Kaliyuga. — respondió el capitán.

— O sea que estamos al final de esta raza. —dedujo el joven.

El capitán asintió con la cabeza.

—También el año sideral tiene el equivalente a los doce meses del año terrestre.—dijo el otro hombre.

Los jóvenes le miraron.

— Los doce meses siderales en realidad se corresponden con el paso del sistema solar frente a cada zodíaco. — continuó el hombre — Son, pues, doce eras. Cuando el sistema solar llega de nuevo al punto de partida, termina el año sideral. La raza Aria comenzó en Acuario y ya ha llegado a Acuario. Es decir que ya ha dado la vuelta al cinturón zodiacal.

— ¡Oh!— exclamó Aurora — ¿Eso quiere decir que pronto comenzará el final de esta raza?.

— En realidad, ya está empezando—respondió la mujer — Ha empezado con la destrucción que los propios terráqueos se hacen entre ellos con las guerras y otras formas camufladas de genocidio, y también destruyendo el planeta con su egoísmo. Las guerras van a acabar con muchos de los habitantes de la Tierra, pero también habrá grandes cataclismos que terminarán con la raza.

— ¡Oh Dios mío! ¡Qué horror!— exclamó Aurora, pegándose a Izan.

Éste le pasó la mano por encima del hombro y preguntó:

— Pero, ¿no hay ninguna posibilidad de salvación?

— Justamente, sí. —respondió el capitán — De cada raza siempre hay supervivientes que son los que comienzan la siguiente raza. Esos supervivientes son los que consiguen, a través de un intenso trabajo psicológico sobre sí mismos, eliminar el Ego y despertar conciencia. Es muy importante que comprendáis que no estamos hablando de ser seguidores de ninguna religión o ideología, estamos hablando de un trabajo psicológico muy serio y muy individual sobre sí mismo. De esa manera, los que trabajen de esta manera se hacen conscientes, no sólo en el mundo tridimensional, sino en otras dimensiones, como por ejemplo en el mundo astral, el cual vosotros ya conocéis. Y así pueden saber qué hacer para evitar los peligros que vengan.

— ¡Oh, vaya!— exclamó Aurora — ¡Ahora comprendo la urgencia de la que nos hablaban el otro día!

— Los hermanos de otros planetas, no sólo nosotros, —continuó el capitán — estamos intentando avisar a los habitantes de la Tierra del peligro que se les viene encima, por estar tan dormidos de conciencia. Muchos no creen en nosotros, otros piensan que venimos a haceros daño, y otros se burlan sin más. Sin embargo, eso a nosotros no nos importa. Lo que nosotros anhelamos para todos los terráqueos es que puedan liberarse de las ataduras del Ego y pasar a la siguiente raza con la conciencia despierta. Pero para eso, insistimos en que hará falta trabajar de momento en momento con la muerte del Ego y también aprender a desdoblarse conscientemente en astral, o sea, ser conscientes mientras el cuerpo físico duerme.

Los dos jóvenes se quedaron callados.

— La remodelación del planeta es necesaria. — dijo el capitán —Siempre, después de cada raza, el planeta sufre una transformación. Pero cuando lleguen los momentos más duros para la Tierra, nosotros y otros hermanos de otros planetas estaremos aquí para ayudar y sacar de aquí a los que estén debidamente preparados.

Luego habrá que esperar durante mucho tiempo a que la corteza terrestre vuelva a estabilizarse y entonces comenzará la nueva raza.

— ¡Pero esto debería de saberlo todo el mundo!— exclamó Aurora.

— Sí—respondió la mujer — Pero no todo el mundo cree que esto sea cierto, pues siempre han existido falsos videntes y adivinos que han hecho que la gente ya no crea a quien dice la verdad.

— Y también hay que tener en cuenta, — añadió el otro hombre — que no todo el mundo anhela el despertar de su conciencia. No tienen esa inquietud, y hay que respetarles. Eso es todo.

— Sin embargo, nosotros podemos intentar explicárselo a la gente. —dijo Aurora.

— Sí, por supuesto. — contestó el capitán — Hay que darles esa oportunidad.

— Pues lo haremos. No sé cómo, pero lo haremos. —dijo Izan.

— Sí—confirmó Aurora.

—Bien, —dijo el capitán —el amor por la humanidad es algo que alimenta la conciencia. Ahora creo que todo está dicho. Si aprendéis a desdoblaros en astral a voluntad, podréis investigar más sobre esto que hemos hablado y sobre muchas otras cosas más. Nosotros, por ahora, hemos cumplido nuestra misión con vosotros. Ahora es vuestro turno.

Los jóvenes agradecieron a los extraterrestres su ayuda. Luego se despidieron de ellos, y la nave partió.

Aurora e Izan muy impresionados, regresaron comentando sobre lo que habían escuchado.

Capítulo 24
Conversaciones con los hermanos

Los jóvenes llegaron a casa de Lía a la hora de cenar. Alex y José María estaban también allí, y Rainiero le dijo a Izan que se quedara.

José María se mostró reservado y serio, mientras miraba a Aurora y a Izan, como si por fin hubiera comprendido que ya no tenía nada que hacer con la muchacha.

Ella se dio cuenta y pensó: "Me da la sensación de que está como enfadado o tal vez ofendido. Desde luego, no es culpa mía… Pero bueno, tal vez así me deje ya en paz."

Sin embargo, había otro asunto que daba vueltas y vueltas en la mente de la muchacha, que le hizo olvidar el comportamiento de José María. Y era todo lo ocurrido aquella tarde y la conversación con los extraterrestres.

Conforme más lo pensaba, más se convencía de que tenía que contarlo. Hasta que Lía le dijo:

— ¿Qué te pasa Aurora? Parece que estuvieras en la Luna.

Aurora miró a su prima y luego a los demás que la observaban. Luego giró su cabeza hacia Izan y vio que éste también parecía estar reflexivo.

Entonces se decidió y dijo:

— ¿Qué me diríais si os contara que he visto una nave extraterrestre?

Izan la miró sorprendido y los demás también. Luego José María se rio y Lía y Araceli también.

— Ya veo que os hace gracia. —dijo Aurora— Pero os puedo asegurar que es cierto.

— ¡Así que has visto un ovni!— exclamó José María, riéndose — ¿Y qué? ¿Salió algún marciano con tentáculos?

La joven se molestó. Es decir, surgió en ella un "yo" de amor propio herido y otro de rabia y eso la hizo callarse.

Pero en ese momento, Izan declaró:

— Es cierto lo de la nave extraterrestre. La hemos visto los dos.

Los otros miraron al joven y Alex exclamó:

— ¿Tú también?

— Sí. Eso es—respondió Izan.

José María siguió riéndose y Araceli también.

— ¡No me digáis que vosotros seguís pensando que la tierra es plana, y que el Sol gira alrededor de la Tierra!— exclamó Izan.

José María dejó de reírse.

— ¿De qué hablas?— dijo — ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

— Pues que por la manera en la que reaccionas se ve que no te has enterado todavía de que la Tierra no es el único planeta habitado de todo este Universo.

José María quiso reírse de nuevo, pero esta vez, fue de una manera forzada.

— Bueno,— intervino Rainiero — pero ¿qué es lo que realmente habéis visto?

Izan miró a su hermano y contestó:

— Hemos visto la nave descender y también hemos visto a sus tripulantes.

— ¿Estáis hablando en serio? — exclamó Lía, mirando a su prima — ¿Entonces, es verdad? ¿Habéis visto unos extraterrestres?

Aurora asintió.

— ¿Y cómo eran? — inquirió Alex.

— Pues eran muy parecidos a nosotros.—respondió Aurora — El color de la piel un poco más rosado y el pelo como plateado.

— ¿Pero ellos os han visto?— preguntó Lía.

— Sí. Hemos hablado con ellos. —dijo Aurora.

Todos pusieron cara de asombro.

— ¡Aurora, ya vale de bromas!— exclamó Araceli.

— Estoy hablando en serio. —respondió la aludida — Créeme, Celi. Es verdad lo que os estoy diciendo.

— ¿De verdad?— insistió Araceli.

— Sí, de verdad—contestó Aurora.

Su hermana se quedó mirándola pensativa.

— Pero… y ¿no teníais miedo?— preguntó Lía — ¿Cómo sabías que venían en son de paz?

— Lo intuíamos. —contestó Izan

— Bueno, ¿pero qué os dijeron?— inquirió Rainiero.

Entonces los jóvenes les contaron a grandes rasgos las conversaciones que tuvieron con los extraterrestres. Eso sí, de todo esto sólo les contaron lo que les podía servir a ellos, pero no refirieron nada de sus sueños con la isla, ni tampoco les hablaron de la luz de la isla, ni de que fue allí donde se entrevistaron con los extraterrestres, ni de que éstas tuvieron lugar en varias ocasiones.

Rainiero, Alex y Lía les escucharon muy atentos, y Araceli también puso atención, aunque parecía estar algo confusa. En cuanto a José María, en algún momento debió de cansarse de la conversación y dijo:

— Bueno, chicos, yo me voy ya. La conversación está entretenida pero mañana tengo que madrugar porque me voy al circuito. Llevo tiempo sin coger mi coche de carreras y quiero entrenarme un poco.

Se levantó y miró a Alex.

— ¿Te vienes, Alex?

— No. Yo me quedo. —contestó el hermano pequeño.

José María emitió una sonrisa de desprecio y dijo:

— Bueno, como quieras. Supongo que ya eres suficientemente mayorcito como para tragarte cualquier historia que te cuenten.

Alex iba a contestarle, pero reflexionó por unos segundos y le dijo:

— Buenas noches, José María.

Éste se quedó algo parado y al final dijo:

— Adiós.

Y se fue.

Los demás continuaron conversando sobre las entrevistas de Aurora e Izan con los extraterrestres. Y finalmente los jóvenes terminaron explicándoles el trabajo psicológico y también les hablaron del desdoblamiento astral.

Estuvieron hasta las tres de la madrugada con las conversaciones y finalmente Izan y Alex decidieron que era hora de marcharse a la mansión.

Al despedirse, Izan le dijo a Aurora:

— Has sido muy valiente sacando este tema. Y me alegro mucho de que lo hayas hecho. A pesar de las burlas de José María, al menos nuestros hermanos y tu prima, tienen la oportunidad de poder hacer algo.

Aurora sonrió y contestó:

— La verdad es que todo lo que nos habían dicho los extraterrestres me hervía por dentro y al conocer la situación en la que estamos y lo que nos espera, sentí que aunque pudieran reírse, debía de intentarlo. Y ¿qué menos que empezar por los que están tan cerca de nosotros?.

— Sí. Llevas razón—respondió Izan — De todas maneras, esto habrá que hacerlo de una forma que realmente pueda ayudar a otros, pero recuerda que uno de los extraterrestres nos dijo que no todo el mundo tiene esa inquietud, ni siente la necesidad de cambiar, así que también sabes que debemos respetarlo.

— Por supuesto. Lo entiendo— dijo Aurora.

Izan la miró sonriendo y luego le dijo:

— ¿Quedamos mañana por la tarde? Es que por la mañana ya he quedado con mi padre. —

— ¡Claro!— contestó ella, riéndose. — Nos vemos a las cinco.

— ¡A las cinco, entonces!— respondió él, muy contento.

Capítulo 25
Una llamada urgente

A las nueve de la mañana del día siguiente, Aurora aún dormía, cuando Lía la despertó.

— ¡Aurora, despierta!

— ¿Qué pasa Lía?

— ¡Tu padre acaba de llamar por teléfono!— respondió Lía, con cara de preocupación — Tu madre se puso enferma ayer y tuvieron que irse a urgencias.

— ¡Oh!— exclamó Aurora, incorporándose rápidamente — ¿Qué le ha pasado?

— Le he dicho que anoche nos acostamos tarde y por eso, aún dormías. Así que ha colgado y está esperando que le llames —le contestó Lía, entregándole el teléfono inalámbrico.

Aurora llamó a su casa.

— Hola Aurora. — dijo su padre.

— Hola papá. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está mamá?

— Tu madre tiene Salmonelosis. La cogió en la mayonesa de la comida de ayer. Yo no comí y por eso no me he infectado. Pero se encuentra bastante mal con fiebre alta, vómitos y diarreas y con bastantes dolores abdominales. Hija, tú sabes que ahora están las cosas regular en el trabajo y me viene muy mal pedirme días para estar con tu madre…

— ¡Papá, por favor, no sigas! ¡Nos iremos esta mañana, mismo!

— Gracias Aurora, sabía que lo comprenderías. Además, siempre podéis ir en otra ocasión a ver a tu prima, ¿no?

— Sí, claro que sí. No te preocupes por eso. Cogeremos el primer tren que podamos.

— Muy bien. He cambiado mi turno con Antonio y de esa manera no entro hasta esta tarde.

— Vale. Bueno, dale un beso a mamá y dile que no se preocupe, que vamos a ir a cuidarla y que pronto estará bien.

— Sí, hija. Se lo diré.

Aurora colgó y miró a Lía.

— ¿Os vais, entonces?— le dijo ésta.

— Sí. La pobrecilla se encuentra muy mal.

— Lo siento mucho, Aurora.

— Bueno, seguro que en unos días estará bien. Ahora tenemos que llamar a Araceli, y mientras, si puedes, mírame el horario de trenes en Internet…

— Sí, claro.

Mas cuando Aurora habló con su hermana, ésta al principio se asustó un poco, pero luego, comprendiendo que quizás no era tan grave le dijo:

— Bueno, pero en realidad, tampoco hace falta que estemos allí las dos, ¿no?

Aurora la miró extrañada.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues que tampoco vamos a hacer tanto estando allí. Yo creo que con que tú vayas, es suficiente. Total, para hacer la comida para papá, y cuidar un poco de mamá…

— Celi, ¿pretendes quedarte?

Araceli miró a su hermana y luego contestó:

— Pues sí. Yo creo que es una tontería que las dos sacrifiquemos las vacaciones. Además Lía tenía muchas ganas de que viniésemos. ¡Quién sabe cuándo podremos venir otra vez! Y lo más justo es que te vayas tú que eres la mayor y sabes mejor qué hacer. Y además, recuerda que tú no tenías ganas de venir y que viniste de compromiso, ¡mientras que a mí me hacía una ilusión tremenda!

— Pero Celi, ¿es que no te da pena que mamá esté tan malita?

— Sí me da pena, pero tampoco puedo hacer gran cosa por ella. Además, no es tan grave. Eso se le pasará en unos días. Y ¿qué vamos a hacer allí las dos? ¿Mirarnos las caras? Yo creo que lo mejor es que te vayas tú y yo me quedaré con Lía. Así Lía no se queda sola.

Aurora no supo qué contestar a eso. Estaba claro que ella no podía obligar a su hermana a volver con ella, si no quería. No le parecía correcto, pero tenía que respetárselo.

Así que una hora después, partía en el coche de Rainiero hacia la ciudad para tomar el tren.

Sin embargo, Aurora llevaba un pellizco por dentro. Lo que realmente le estaba doliendo era que se iba sin poder despedirse de Izan y que no sabía cuándo volvería a verle.

Rainiero pareció adivinar sus pensamientos y le dijo, mientras conducía:

— ¿Quieres que le diga algo?

Aurora le miró y comprendió que se refería a Izan.

La muchacha bajó la cabeza, suspiró y contestó:

— ¡Oh, Rainiero!

— ¿Por qué no le escribes una nota?— le propuso él — Mira, en la guantera hay un bloc y bolígrafo. Escríbele lo que quieras y se lo daré.

— Pues… no sé.

— No te preocupes, que no lo voy a leer.

Aurora le miró y le sonrió.

— ¡Ya lo sé!— dijo — Está bien. Le escribiré algo.

Y cogió el bloc y empezó a escribir:

"Izan, he tenido que irme para cuidar a mi madre porque ha caído enferma por una intoxicación. Quiero darte de nuevo las gracias por todo lo que me has enseñado y por todo lo que has compartido conmigo. Todo eso lo llevo en mi corazón. Espero que no olvides que tenemos una misión.".

Luego dudó de qué despedida poner y finalmente escribió:

"Con mi agradecimiento más profundo, Aurora."

Luego dobló el papel y se lo dio a Rainiero.

Éste lo cogió y se lo metió en el bolsillo de su camisa.

— Gracias, Rainiero. —le dijo ella.

Él sonrió.

— Siento que tu madre se haya puesto enferma—dijo — Pero quiero que sepas que siempre que queráis venir a casa, tú o tu hermana o tus padres, seréis bienvenidos. Considerad nuestra casa, como vuestra casa.

Aurora se emocionó al ver la generosidad del joven y le contestó:

— Gracias, Rainiero. Sé que mi prima tiene mucha suerte y eso me hace muy feliz.

Rainiero sonrió.

Poco después llegaban a la estación y sacaron el billete. Rainiero esperó hasta que ella se subió al tren.

La joven se sentó en su sitio y se dijo: "Con la de prejuicios que tenía contra Rainiero, y lo equivocada que estaba…".

Miró hacia la ventanilla y pensó: "¡Izan! ¿Cuándo volveremos a vernos?".

El tren arrancó y Aurora se fue alejando de aquellas tierras con una melancolía que aumentaba con la distancia.

Hasta que se dio cuenta de que estaba dejándose llevar por un "yo", y entonces aplicó el trabajo psicológico que ya conocía de eliminación del Ego. Luego se propuso mantener el estado de íntima recordación de sí misma y de autoobservación, para activar su conciencia. Y se alegró al darse cuenta de que aquel viaje había sido muy esclarecedor en muchos sentidos. Había aprendido muchas cosas y ahora tenía que aprender a enseñárselas ella misma a otros que tuvieran aquella misma inquietud que la movió a ella.

Cuando casi tres horas más tarde llegaba a la estación, su padre la esperaba.

Rápidamente se fueron a casa y Aurora pudo abrazar a su madre, y ésta, a pesar de sus grandes malestares, se alegró enormemente de ver a su hija.

Capítulo 26
Cuidando a la madre

— ¡Aurora!— exclamó su madre, con una voz débil— ¡Qué buena has sido en venir a cuidarme!.

— No mamá. Es lo más natural. —contestó ella.

El padre sonrió y dijo:

— Bueno, yo voy a comer algo y me voy corriendo a trabajar.

— Vete tranquilo, papi. — contestó ella.

La muchacha se sentó sobre la cama de su madre y le tocó la frente. La mujer tenía fiebre pero Aurora no le dijo nada. Su padre ya le había explicado el tratamiento que debía seguir.

— ¿Cómo te encuentras?— preguntó.

— Muy mal, hija. Me parece que me estoy muriendo.— dijo la madre, con voz lastimosa.

Aurora le sonrió y le dijo:

— De eso nada. Ya sé que te encuentras fatal, pero en unos días estarás nueva. Voy a traerte un poco de sopa que ha hecho papá esta mañana.

— ¡Ay, Aurora! ¡No sé si me la voy a poder tomar! —se quejó la madre.

— Poquito a poquito, verás que sí. —respondió Aurora— ¡Anda, cierra los ojos un poco y descansa!, que voy a calentártela y te la traigo enseguida.

— ¡Gracias Aurora! —le dijo su madre.

Aurora se fue a la cocina, puso a calentar la sopa, y mientras, fue a dejar su equipaje en su dormitorio.

Luego, echó el caldo en un cuenco y se fue al cuarto de su madre.

— ¡Venga, mamá!—dijo ella — Incorpórate un poco y yo te la doy.

Aurora ayudó a la enferma a incorporarse, poniéndole dos almohadas y empezó a darle la sopa.

La madre hizo un gesto de disgusto y le dijo:

— Tu padre no sabe hacer sopas.

Aurora se rio y le dijo:

— A ver, — y la probó — bueno, la verdad es que no es que sea como la tuya, pero se puede tomar. Venga mami, que tengo muchas cosas que contarte de nuestra visita a Lía.

La madre la miró y empezó a comer.

Entonces Aurora le explicó cómo era la casa de Lía y Rainiero y su madre la escuchaba atenta.

— Tu prima ha encontrado un buen marido. —dijo.

— Es verdad. — respondió Aurora — Pero no es su dinero lo que le da el valor, es que es un buen hombre.

La madre asintió.

La joven continuó contándole que fueron a la mansión y cómo era ésta. También que habían aprendido a montar a caballo y que Araceli había hecho muy buenas migas con Alex.

— Sí,— dijo la madre — me acuerdo de ese muchacho. Era muy simpático.

Aurora sonrió.

— ¿Y qué hay de aquél que fue tan galante contigo?— inquirió la madre — Tú le gustaste mucho.

Aurora comprendió que se refería a José María.

— Sí, también estaba allí. Un día nos llevó en su yate.

— ¡En su yate!— exclamó su madre.

— Sí.

— ¡Entonces, ha seguido siendo galante contigo!

— Mamá, ya te dije hace tiempo y vuelvo a repetirlo, que a mí no me gusta ese chico. Así que olvídalo.

— ¡Ay, Aurora! ¡Siempre tan sosa!.

En otros momentos, la muchacha habría protestado, pero en esta ocasión, ella se acordó de sí misma y autoobservando que salía un viejo "yo" protestón, aplicó la muerte en marcha y ahí se acabó.

La joven volvió a recostar a su madre y le dijo:

— Ahora duerme y descansa. Tienes que ponerte bien. Rainiero me dijo, cuando me llevó a la estación, que cuando os apetezca a papá y a ti ir a su casa, seréis bienvenidos. Así que ya sabes que tienes que ponerte buena, cuanto antes.

— ¿De verdad?— exclamó la madre, mirando fijamente a su hija — ¡Qué amable!.

— Sí. Venga, y ahora a dormir. Si necesitas algo, toca la campana.

— ¡Sí, hija! ¡Voy a ver si me duermo un ratito!

Y la joven dejó a su madre reposando.

Luego se fue ella misma a comer algo. Y después recogió su equipaje, y realizó algunas tareas del hogar.

La tarde pasó enseguida, y por la noche llegó su padre.

Y al día siguiente fue un poco más de lo mismo.

No podría decirse que con su vuelta a casa, Aurora regresaba a la rutina anterior. No, por dos razones: una, indudablemente, era porque ahora, ante la situación que se había presentado con su madre en cama por varios días, la joven se había visto de repente a cargo de una casa, y del cuidado de todos los que en ella habitaban, es decir de la enferma y de su padre que, trabajando tantas horas, necesitaba también descansar.

La otra razón, por la que ya no volvería a la rutina de siempre, era de otro tipo: todo lo que había aprendido en los días anteriores le habían cambiado totalmente su forma de ver la vida.

Había comenzado a tomar las situaciones de una manera distinta. No era fácil mantenerse alerta a su interior durante mucho tiempo, pero era tanto el empeño y las ganas de conseguirlo, que a pesar de que se olvidaba con frecuencia de ella misma y del trabajo psicológico, enseguida volvía a recordarse a sí misma y a estar atenta a todo lo que ocurría en su interior. Y en el momento en que surgía cualquier "yo", pedía a su Madre Divina que lo sacase de su psiquis y que lo desintegrara.

Aun así, no podía olvidarse tampoco de su compañero de aventuras. Se preguntaba qué sería de él. Y cuando Araceli llamaba desde casa de Lía, hablaba con su madre y con su padre, pero Aurora no se atrevía a preguntarle por el joven.

Así pasaron varios días.

La madre de Aurora se fue encontrando mejor y aunque ya se levantaba, aún no se sentía con fuerzas para salir. La joven se encargaba de ir a la compra, y de otros trabajos de esfuerzo, mientras su madre se dedicaba a coser o a cocinar.

Tras una semana, el padre de Aurora decidió que Araceli debía regresar ya, y dejar tranquila a la pareja de recién casados. La pequeña intentó todo para convencer a su padre, pero éste se mostró, por una vez, inflexible. Ya le había disgustado que no hubiera vuelto con Aurora, y dijo:

— Araceli no se da cuenta de que la que se ha casado con un joven rico es su prima, no ella. Está abusando de la hospitalidad del marido de tu prima y eso no está bien.

— Pero querido, — le rebatió la madre — ella no molesta allí. Aurora me ha dicho que el marido de Lía le dijo que podíamos ir cuando quisiéramos. Además, es posible que Celi también haya encontrado allí un buen partido, porque Alex, el hermano pequeño de Rainiero, se lleva muy bien con ella.

— ¡¿Pero no ves que eso son cosas de jóvenes?!— exclamó su esposo — ¡Nada más! ¡Y una cosa es visitar unos días a unos parientes y otra quedarse a vivir allí! ¡Nada! ¡Araceli tiene que volver ya!

Aurora no decía nada, porque comprendía el razonamiento de su padre pero no le apoyaba, como hubiera hecho en el pasado, porque en realidad lo que más le interesaba, no era ni lo que hacía su hermana, ni lo que pensaba su padre, ni los sueños de su madre, sino lo que surgía de su propio interior.

Así que finalmente, tras muchos lloros, protestas y recriminaciones, Araceli aceptó volver a “su pobreza”, como ella decía.

Capítulo 27
La llegada de Araceli

Al día siguiente llegaba Araceli, y como iba a venir en el tren de la tarde, la madre de Aurora le dijo a ésta:

— Aurora, cuando termines de planchar, ve al supermercado y compra esto que te he apuntado en la lista, para prepararle una cena de bienvenida a Celi. No quiero que piense que aquí no ponemos también buenas comidas.

Aurora miró la lista y le dijo a su madre.

— Mami, ¿no crees que te has pasado? ¿Chuletones y langostinos para cenar?

— Sí, hija. ¿Por qué no?

— ¡Mamá, por favor, baja de las nubes! Sabes que últimamente la economía de esta casa está un poquito justa.

— Bueno, ¡pero por una vez!... No quiero que a tu hermana le dé depresión. Ya sabes que es muy sensible y seguro que estará muy triste de dejar a su amigo y a Lía.

Aurora sintió que en su interior había varios "yoes" que reaccionaban y protestaban ante esas palabras, pero como aplicó el trabajo psicológico, se calmó y contestó a su madre:

— Bueno, mami. Pero ¿qué te parece si elegimos una cosa u otra? Con una, creo que es suficiente. Además, me parece que a papá tampoco le va a hacer gracia.

La madre se quedó pensando y respondió:

— Está bien, hija. Compra sólo los langostinos. Ya idearé alguna comida vistosa.

Aurora sonrió y asintió.

Así que un rato después, la joven se marchó al supermercado. Y volvía casi una hora después.

Al entrar en el portal, escuchó a alguien que le decía por detrás:

— ¿Te ayudo?

Aurora se volvió rápidamente al reconocer aquella voz.

Y se quedó asombrada: se trataba de Izan.

Éste se rio y dijo:

— Estaba deseando que llegase este momento, nada más que para ver la carita que ponías de asombro. ¡Me encanta!

Ella sonrió y le preguntó:

— ¿Qué haces aquí?

— He venido con tu hermana y con Alex.

— ¡Oh! ¿La habéis traído a casa?

— Sí, eso es.

La joven se quedó mirando al joven, sintiéndose muy dichosa.

— ¡Anda, dame!— dijo él, acercándose a ella y cogiéndole las bolsas.

Aurora se las dio y le preguntó:

— ¿Y dónde están mi hermana y Alex?

— Están en tu casa. Yo he preferido esperarte aquí.

— ¡Ah!— exclamó ella, comenzando a subir las escaleras. — Sois muy amables por traerla—dijo la joven.

— No tiene importancia. En realidad, me pillaba de paso traerla, porque yo tenía que venir aquí.

— ¡Oh, ya veo!— exclamó la muchacha, mientras sacaba las llaves para abrir.

— Escucha, — dijo Izan — ¿puedes dejar las bolsas en tu casa y nos vamos a dar un paseo, para que podamos hablar?

Aurora le miró y contestó:

— Está bien.

La joven entró en su casa, y dejó las bolsas en la entrada. Luego salió, cerró la puerta y se fue con Izan.

— Detrás de esta calle hay un parque muy bonito. Si quieres podemos ir allí. — le dijo Aurora.

— ¡Estupendo!— contestó él.

Los jóvenes caminaron unos momentos en silencio.

— Rainiero me dio tu nota. —dijo, por fin, Izan.

— Siento no haber podido despedirme mejor. —se excusó ella.

— No te preocupes. Lo comprendo.

— ¿Y cómo es que tenías que venir? ¿Tienes algún trabajo o alguna cosa por aquí?

— Bueno, es que quería ver a alguien. —contestó él.

— ¡Ah!

Él se rio.

— Quería verte a ti. —dijo.

— ¡Oh! — exclamó ella, sintiéndose feliz.

Izan volvió a reírse y explicó:

— Los días que estuviste allí pudimos hablar de muchas cosas y vivir grandes experiencias.

— Sí. Es verdad.— respondió Aurora — Experiencias que han logrado cambiar mi vida.

— Sí. La mía también. — contestó él — Pero como no esperaba que te ibas a ir tan pronto, no me dio tiempo de decirte algo que creo que también es importante. Al menos para mí.

— ¡Oh, vaya!— exclamó la joven— ¿Y has venido para decírmelo?

— ¡Eso es!— respondió él, sonriente.

Ella lo miró con agradecimiento y le dijo:

— ¡Qué bueno eres, Izan! ¡Me has enseñado tantas cosas! ¡Pero venir hasta aquí para hablarme! ¡Eso es demasiado!

Izan se rio y le contestó:

— Ven, sentémonos en ese banco.

Los dos se sentaron y la joven se quedó mirándole.

— Dime, — dijo — ¿has visto de nuevo a los extraterrestres?

— No. No los he vuelto a ver.

— ¡Ah!— exclamó ella, a la expectativa.

— Está bien, no me voy a seguir andando por las ramas—dijo el joven — El día que te fuiste, estaba decidido a hablarte de un tema que había reservado para el final. Pero, cuando leí tu nota, pensé que debía esperar un poco hasta que tu madre estuviera bien. O al menos mejor. Por eso decidí venir ahora.

— Bueno, pues cuéntamelo ya. —dijo la joven.

— Está bien, está bien…—contestó él, secándose la frente — Creo que esto es lo más difícil que he tenido que decir nunca…

Aurora, que creía que estaba bromeando, se rio.

— No te rías—le regañó Izan — Si no, no te lo voy a poder decir.

— Bueno, espera—contestó ella, tratando de ponerse seria — ¡Ya está! ¡Habla!

Él sonrió y entonces le declaró su amor.

Aurora, que no se lo esperaba, se quedó una vez más asombrada.

— ¡Creo que eso fue lo que hizo que me enamorara de ti!— le dijo él riéndose — ¡Tu cara de asombro cuando me reconociste de tus sueños, en aquella terraza, durante la boda de Lía y Rainiero!

Ella sonrió y le confesó que también le quería desde que lo vio en sus sueños enfrentarse al minotauro.

Luego, los dos estuvieron hablando de sus cosas y se dieron muestras de su amor. Y más tarde, juntos, de la mano, marcharon hacia casa de Aurora.

Desenlace final

Aurora e Izan decidieron casarse al cabo de unos meses. Entre tanto, continuaron trabajando sobre sí mismos, cada vez más intensamente. Y también aprendiendo a desdoblarse en astral de forma consciente.

Conforme el día de la boda se acercaba, ellos tenían claro que vivirían en el apartamento que el joven tenía alquilado en la ciudad.

Los padres de Izan, a pesar de todo, aceptaron la humilde boda que iba a celebrar su primogénito, e incluso fueron a visitarlo a su casa.

Los padres de Aurora también se sintieron felices por el enlace de su hija. Su madre, porque iba relacionarse con "gente de clase", y su padre porque su hija se veía enamorada y feliz.

Araceli y Alex, continuaron siendo amigos, pero nada más que eso, pues con el tiempo, cada uno encontró a su verdadera media naranja.

Lía y Rainiero anunciaron que iban a tener un hijo y esto alegró a todos. Además ellos también decidieron aceptar el trabajo psicológico y Rainiero comenzó a dedicarse de forma altruista a la defensa de personas víctimas de injusticias sociales.

Y José María continuó con sus carreras y con sus interminables conquistas.

La noche antes de la boda, Aurora se desdobló conscientemente en astral y se dirigió hasta el descampado que había frente a la isla. Allí llegó también Izan.

Los jóvenes se sonrieron y se fueron volando hasta la isla.

Tanto ella como él, podían apreciar claramente que las nubes ya no estaban tan bajas como antes y lograban ver bastante más de la montaña.

Sin embargo, atravesaron la antigua cueva del minotauro y llegaron hasta el bosque. Luego hasta el valle. Y como desde donde estaban, veían la luz sobre la montaña, subieron volando hasta arriba.

Allí estaba el templo. Y en la entrada, el solemne guardián.

Los jóvenes observaron a otras personas que entraron. Se dieron cuenta de que antes de hacerlo, hacían unos gestos con las manos y decían unas palabras de pase y el guardián las dejaba entrar.

— ¡Ven! — dijo Izan — Veremos si nos dejan entrar esta vez.

— Sí—respondió ella.

Se acercaron y el guardián los vio.

Izan subió las escaleras y el guardián no le llamó la atención.

El joven sonrió, e hizo el gesto con las manos que había observado antes y dijo las palabras de pase. Y el guardián le contestó:

— Ahora sí. Has hecho bien en seguir los consejos que se te han dado.

Y le abrió paso.

Luego Aurora hizo lo mismo y el guardián también le dejó pasar.

Una vez dentro, los jóvenes aprendieron y conocieron…

Al día siguiente fue la boda. Fue un evento familiar, y todos estuvieron contentos.

Por la noche, Aurora e Izan hablaron de algunas cosas que habían aprendido en aquel templo. Entre otras, se les había enseñado a trabajar con sus energías sexuales, aprendiendo a transmutarlas, sin perderlas, para fabricar cuerpos reales para otras dimensiones.

Y así hicieron…

Además, ellos no olvidaron entregar las enseñanzas que habían conocido a todos aquellos que, teniendo esa inquietud, se cruzaban en sus vidas, y estaban interesados en conocer también…

FIN

Más obras de la autora en: http://www.elenasantiago.info
Para quienes quieran profundizar:
http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm

Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by— nc— nd):
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.
http://creativecommons.org/licenses/by— nc— nd/3.0/deed.es